

TERNURA Y TEMPESTAD

*El centenario de Fidel y el horizonte
de la liberación nacional*

JAIME ORTEGA REYNA



Ternura y tempestad

*El centenario de Fidel y el horizonte
de la liberación nacional*

Ternura y tempestad

*El centenario de Fidel y el horizonte
de la liberación nacional*

Jaime Ortega Reyna


ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG

filosofí@.cu
EDITORIAL

Esta publicación fue financiada con recursos
de la Rosa-Luxemburg-Stiftung (RLS) con fondos del Ministerio
Federal de Cooperación Económica y Desarrollo (BMZ).

EDICIÓN: Iglú Estudio.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: Iglú Estudio.

© 2026, Jaime Ortega Reyna.

© 2026, Editorial filosofi@.cu.

PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 978-959-7197-82-9

ROSA-LUXEMBURG-STIFTUNG

Oficina Regional para México, Centroamérica y Cuba

Calz. Gral. Anaya 65, col. San Diego

Churubusco, C.P. 04129, alcaldía Coyoacán

Ciudad de México, México.

(52) 5544 3097 | www.rosalux.org.mx | @rosaluxmexico

INSTITUTO DE FILOSOFÍA

Editorial filosofi@.cu

Calzada N.º 251 esquina J, Vedado, Plaza de la Revolución,

CP: 10 400, La Habana, Cuba.

(53) 7 8320301 | www.filosofia.cu | editorial@filosofia.cu

ÍNDICE

Introducción	9
Fronteras temporales: Fidel y la tempestad revolucionaria.....	17
“Esa bandera, ese cielo y esta tierra”: dialéctica de la soberanía en Fidel	38
México en Fidel: diálogo de revoluciones.....	71
De la batalla de las ideas a la batalla por la liberación.....	92
Referencias bibliográficas.....	99
Sobre el autor	115

Estas páginas se han inspirado en el diálogo e intercambio con amigos, colegas y camaradas. En primer lugar Carla Vázquez de la Fundación Rosa Luxemburg. Nutridas las conversaciones sobre el Comandante fueron las charlas con Luis Hernández Navarro en distintos momentos. En un breve encuentro en Nueva York con Rolando Prats de Communis Press pude conocer sus impresiones políticas y valoraciones históricas. En Boston, la hospitalidad de Tanalís Padilla fue crucial al hacer la pregunta ¿Qué más se puede decir sobre Fidel? En la ciudad de México con charlas fugaces, pero ricas en contenido, con Rodrigo Wesche y la utilización del concepto de partisano, con Héctor Díaz Guevara y la imposible comparación entre los líderes latinoamericanos actuales y la figura histórica, con Mario Vázquez Olivera sobre la posibilidad de las experiencias socialistas tras el fin del bloque soviético y con Mylai Burgos en la animación del número especial de Memoria (299). En La Habana con Reinaldo Funes, autor de inspiradores desarrollos en clave ambiental y un historiador firme y balanceado sobre el papel de Fidel. En el pasado, sin saberlo, me nutrí con el aporte reflexivo de Enrique Camacho, quizá uno de los primeros estudiosos mexicanos en dimensionar las múltiples posibilidades de acercarse al personaje en la historia latinoamericana. Los trabajos escritos de Caridad Massón, Julio César Guanche y Rafael Hernández y Francisca López Civeira, entre otros son claves para dimensionar visiones críticas de este periodo.

Como podrá observarse a lo largo de estas páginas, he citado textos directos, haciendo alusión directa a la página, esto es así porque eludí consciente y premeditadamente la referencia a los discursos colocados en internet. Revisar las ediciones originales fue una experiencia estética y política:

como otros estudiosos, pienso que Fidel tenía una especial fijación en el resguardo de la memoria. De tal manera que poder ver aquellos libros y folletos, mirar sus portadas, sus páginas, su variada disposición impresa, me permitía acercarme a esa historia por una vía material y simbólica referente al resguardo de la memoria, algo que la homogeneidad del discurso electrónico no permite. Atrás de esos impresos, de lo que alguien contabilizó como exactamente 1060 oficiales, a lo que habría que sumar los diálogos en encuentros y las entrevistas (Sayols, 2026, p. 24) se jugaba un “dar sentido”, cargado de un horizonte, lo que se llamó y debe seguir llamándose como “la batalla de las ideas”.

Para ello visité y me fueron útiles la biblioteca de mi universidad, la UAM-Xochimilco, del Colegio de México (gracias a Querubín Morales), la del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, todas ellas en Ciudad de México. Paralelamente las bibliotecas de Harvard University y la New York Public Library que pude visitar fugazmente en junio de 2026, fueron especialmente útiles, pues aunque el caudal de material que se encuentra en la Ciudad de México (tanto en bibliotecas y como en sus librerías de usado) es nutrido especialmente en las décadas de 1970 y 1980, se dificulta hacia los últimos años, mismos que se encuentran concentrados en esos espacios.

Escribir sobre Fidel en 2026 no es un acto inocente, como decía el filósofo francés, hay que nombrar las culpas que le orillan a pronunciarse: considero que las izquierdas, los progresismos y quienes militamos en favor de las ideas de la transformación de la sociedad, debemos enfocar energías en construir programas para soportar los años de vasallaje, protectorado y agresión imperial que ya comenzaron y seguramente se intensificarán. La herencia de Fidel es pertinente porque la liberación nacional es el horizonte inmediato.

Introducción

*Fidel de tempestad y de ternura
que dominó la mar y la montaña,
el plomo, el viento, el odio con su
hazaña
y devolvió a la patria la estatura.
Fidel de llama y luz en la hora oscura
con raíz de su tierra en la honda entraña
como las de la palma y de la caña
que en batalla solar ganan la altura*
Ángel Augier

Estas páginas hablan de Fidel como expresión de lo más profundo del proceso revolucionario cubano, pero también de cómo su nombre y acción son seña de identidad política. Ello como parte del devenir de las condiciones en las que los pueblos de América Latina y el Caribe enfrentan los complejos escenarios de un poder mundial desequilibrado. Pero, sobre todo, hablan de un conjunto de concepciones que son herencia para los debates y combates de nuestro tiempo, que se aceleran urgentemente ante la embestida imperial. Están escritas en medio de las batallas políticas que se protagonizan entre los sectores progresistas, de izquierda y populares en pos de la soberanía de los pueblos, frente a las elites vasallas y entregadas con beneplácito a los designios trazados desde el imperio, practicando la pasión triste del servilismo. Es en ese

marco donde resulta preciso, necesario y urgente, recuperar la figura y legado de Fidel.

No se piense que esta es una historia de la Revolución cubana, ni de sus derivaciones, que son tan amplias y mayúsculas como heterogéneas en su evaluación, como de cualquier otra revolución o de otro fenómeno político de gran calado. No hablaremos aquí de ese proceso que merece estudios pormenorizados, al constituir una página imborrable en el desarrollo contemporáneo de las contradicciones políticas y sociales y de los esfuerzos de los pueblos por alcanzar su liberación. Solo en el último año, desde distintos puntos de vista, emergieron sendas interpretaciones de ese proceso, enmarcado en el de una historia de largo plazo (García, 2025; Rojas, 2025 y Herrera, 2026), que se suman a las variadas interpretaciones críticas o simpatizantes, dentro y fuera de la Isla (Alonso, 2006; Valdés Paz, 2021 y Martínez Heredia, 2022). Son las y los historiadores los que se harán cargo de ese otro macro proceso, que aunque involucra de manera central lo que en estas líneas se argumenta, de ninguna manera puede pensarse contenido en él. La Revolución cubana merece, por su impacto y profundidad, múltiples esfuerzos de ser contada y reinterpretada, lo que aquí hacemos no es sino un fragmento, parcial y limitado de uno de sus capítulos, que refiere a ese capítulo de la vida intelectual y política de su Comandante en Jefe.

Hablamos aquí de Fidel como dirigente, conductor y articulador de una concepción del mundo que va modificando según la coyuntura, el peso del enfrentamiento geopolítico y la búsqueda de construcción de alternativas en un escenario convulso y atravesado por múltiples contradicciones. Pero, sobre todo, queremos presentar a un Fidel que contribuya a interpelarnos en los horizontes de nuestro tiempo: así el líder cubano, en la hipótesis que buscaremos demostrar, es

uno de los insumos más importantes para pensar el tiempo liminal que estamos viviendo tras la crisis del neoliberalismo y la forma patética del declive norteamericano que produce una estela de vasallaje entre las elites políticas e intelectuales latinoamericanas. Se convierte la experiencia política de aquel personaje en insumo necesario para dotarnos de una brújula en medio de entornos agresivamente confusos. Esto es así porque el torrente revolucionario de su presencia ha rebasado fronteras, tanto físicas como políticas y, podemos decir en este su centenario, también temporales.

El Fidel que presentaremos aquí está anclado a una concepción nacional-revolucionaria de la conformación del Estado cubano, pero rebasa por mucho ese límite y, de hecho, en una dialéctica histórica plena, hace parte de un movimiento general de época signada por la aspiración universalizante de la liberación nacional. Más que una particularidad en busca de lograr una imposible plenitud solipsista, Fidel entiende que son los pueblos, en el conjunto de sus esfuerzos por la liberación, quienes al ejercer capacidad de decisión, pueden contrarrestar el peso del mundo ataviado por el imperialismo, es decir, por la relación desequilibrada ejercida por la fuerza. La más reciente ofensiva militar por parte de una potencia en declive, más allá de cualquier derecho y legalidad, nos recuerda la pertinencia de ese planteamiento, mismo que hay que continuar y ampliar.

La dialéctica histórica en la que se despliega su accionar político convoca a que insertemos su práctica política, con todos los matices y precauciones necesarias, en una temporalidad más amplia, que es el de la pugna entre el capitalismo y la necesidad de su superación. En la gramática de Fidel, es el socialismo el articulador de un futuro horizonte, como posibilidad vigente, si es que aspira la humanidad a moverse en su accionar en torno a valores de justicia e igualdad o, como

decía, a pasar de los derechos humanos de corte liberal a los derechos de la humanidad, a partir del cual se pueda cuestionar las grandes desigualdades a nivel global (1989a, p. 5).

Por supuesto, el argumento teórico, la guía política y la aspiración de una voluntad revolucionaria, choca con una realidad que fue apabullante, cuando en 1989 el potente ciclo histórico comenzado en 1917 fue clausurado de manera abrupta y para muchos inesperada. Lo que significó el cercenamiento de un horizonte hipotéticamente poscapitalista es lo que en buena medida nos ha conducido al caos ideológico contemporáneo, pero lo pertinente es enfrentar la nueva situación y no recurrir a la melancolía como vía de escape. Aquella situación, que se vivió como una derrota, sin embargo, no impidió que Fidel siguiera insistiendo en la necesidad del socialismo, aunque dando un rodeo mayor e incluso inesperado: la urgencia de mantener la independencia política de la Isla (y del continente) frente a un poder avasallante, cuyo rostro más visible fue la creciente potencia del mercado y del dinero como articuladores de la vida social en su conjunto. La soberanía del pueblo cubano corre riesgo, no solo por las políticas inmediatas de su mayor opositor, sino por la propia fuerza del poder del dinero, siempre esperando dar el zarpazo para apropiarse de lo que considera le pertenece. No fue casual que en ese marco de riesgo mayúsculo que vivía Cuba, Fidel llamara a “salvar la patria, la revolución y el socialismo” (1990b). El hecho de que se enfatizara la unidad política de estos tres conceptos, no equivalía a su unidad teórica. Pasado el tiempo, podemos entender que lo primordial era la patria; pues sin soberanía no había ni revolución, ni socialismo; pero este último era la única garantía de mantener la independencia y la capacidad de autodeterminación. En el discurso político se identificaban los tres elementos de manera dependiente, en la

praxis histórica, demandaban dimensiones diferenciadas del esfuerzo colectivo.

Hoy, lejos de aquella emergencia del neoliberalismo que arrasaba restricciones del comercio, y que colocaba al mercado en el centro de la articulación de la vida social, es que podemos valorar con mayor justeza y certeza la terquedad de Fidel en los aciagos días de lo que el filósofo Fernando Martínez Heredia llamó el “horno de los noventa”: anclarse al socialismo no fue una opción melancólica por poseer certezas, menos aún por ejercer el poder político, sino un imperativo categórico para garantizar una vida que tuviera la soberanía como mínima posibilidad de existencia, frente a la homogeneización mercantilizada de la vida y la generalización del despojo que se impuso globalmente. En plena ofensiva imperialista, en 2026, vemos esa dimensión amplia y profunda, que fue costosa y generó, ni quien pueda dudarlo, nuevas contradicciones y problemas.

El claro ejemplo y distancia entre un mundo post comunista, por ejemplo, en Europa del Este, donde aquellas economías y sociedades otrora “socialistas” fueron tragadas por el vendaval autoritario y corrupto del neoliberalismo, nos da una idea de la importancia del acto de reafirmarse socialista frente a las agresivas y siempre belicosas costas de Miami: aquellos países, antes llamados satélites, fueron reducidos a neocolonias, invalidada hoy su voz de manera independiente frente a los grandes poderes del capital. En el caso de esa porción “oriental” de Europa, su “satelitización” no fue en la época de su vínculo con Moscú, sino al momento de “transitar” a la democracia de mercado, cuando efectivamente se volvieron centros de repetición de las decisiones tomadas en los centros del poder económico.

En el caso cubano fuera de una estela de disposición bipolar, sino como urgencia y consecuencia lógica de la propia

autonomía de la nación, algo que el propio Fidel calibró como fundamental cuando viró a la conceptualización de una especie de socialismo raizal cubano (del que Raúl Roa ya había delineado en sus alocuciones en la OEA)⁽¹⁾ frente a la incorporación forzada en otras experiencias, como lo que de manera paradigmática y dramática expresó el de la crisis polaca en la década de 1980 (Miná, 1980). La caída de los regímenes poscomunistas en un atolladero de corrupción y derechización fascistoide, contrasta con la condición de Cuba, cuyas fuerzas ya desgastadas por décadas de hostigamiento, se han vuelto la obsesión de un poder mundial en demencial decadencia. Fidel recordó a propósito de esto, como en aquellos países, otrora revestidos de banderas rojas, en el amanecer del siglo XXI se habían convertido en espacios donde Estados Unidos instalaba cárceles clandestinas para torturar a los combatientes de las guerras adelantadas por “Bushito” en Afganistán. Más aún y más importante, de aquello sacaba el comandante una importante lección: “Una conclusión que he sacado al cabo de muchos años: entre los muchos errores que hemos cometido todos, el más importante error era creer que alguien sabía de socialismo, o que alguien sabía de cómo se construye el socialismo” (2007, p. 42).

Sin duda, Cuba, como cualquier otro país, como cualquier otro Estado y como cualquier otra sociedad, tendrá que recurrir a cambios, recomenzar sus proyectos económicos y productivos y reinventarse según sus propios deseos, necesidades y urgencias. Pero esa decisión solo es propia de aquel pueblo y no puede concederse, de ninguna manera, que haya la obligación de negociar con un poder militar desquiciado

¹ “La revolución que trajo el pueblo, del brazo de Fidel Castro, es tan cubana como la Sierra Maestra, tan americana como los Andes y tan universal como los cimeros valores humanos que encarna” (1964, pp. 255 y 256).

y desquiciante, como pretende hacerlo la intelectualidad liberal que suavizan las agresiones externas bajo el manto de la “transición”. No se equivocó el general Lázaro Cárdenas, cuando en la claridad política de su acto solitario a inicios de la década de 1960, miró que en el prisma cubano se jugaba la propia posibilidad de existencia de la América Latina entera, al menos como algo más que una zona de eterna disponibilidad de riquezas.

Justo por esa dimensión vital, es preciso volver a Fidel. Sin duda las y los historiadores han revisado las muchas dimensiones y contradicciones que se vislumbraban en un mundo complejo, lleno de “instantes de peligro”, como diría Walter Benjamin; y que hoy, con la justeza que entrega el tiempo, podemos mirar con mucho más calma y ejerciendo un razonamiento matizado, aunque nunca frío o desprovisto de compromiso. Por ello, a la disciplina de la historia como mirada supuestamente neutral y mesurada, debemos incluir la pasión política, para recordarnos que los protagonistas del drama epocal no toman decisiones en condiciones equivalentes a las del estudioso, poseedor de mayor tranquilidad. Las difíciles decisiones de aquellas décadas no se tomaron siempre sobre información completa, como la que usan aproximativamente los especialistas, que juzgan con cautela y tranquilidad, como quien mira desde la torre de marfil los hechos pasados. Los olímpicos académicos no son buenos consejeros para la política práctica y, en últimas, quizá tampoco para dar una mirada del fuego ardiente de los grandes momentos del pasado. La pasión política de Fidel fue revolucionaria, y por tanto, atrevida, disruptiva, compleja, contradictoria, llena de huecos y también de esperanzas. Lo más importante de todo esto, es que de ella podemos seguir aprendiendo porque el horizonte de la liberación nacional que inspiró su acción, vuelve a reverdecer ante la avasallante figura del imperio y sus vasallos.

Es en este sentido que su voz es herencia y su interpelación rebasa márgenes temporales, siendo audible en nuestros días, en la hora en que debemos rearmar nuestro arsenal para la liberación nacional. El centenario del nacimiento de Fidel y con la década ya acumulada de su ausencia, es posible señalar la potencia de irrupción en la historia, pero, sobre todo, de su presencia, misma que sintetiza la ternura de los pueblos y la tempestad de los cambios.

Fronteras temporales: Fidel y la tempestad revolucionaria

Por supuesto, calibrar un tiempo histórico ha sido siempre una tarea ardua, más cuando se asume como una acción militante. Pero desde temprano se registró la irrupción determinante del liderazgo histórico, pues los contemporáneos detectaron que una novedad emergía bajo el nombre de Fidel. Mirando en el legado de aquel momento, podemos encontrar a Fidel como el nombre mismo de una frontera y línea de demarcación de un periodo histórico. No es casual que tres libros tuvieran inscrito en su planteamiento central que el tiempo histórico podía medirse a partir de la emergencia de su liderazgo y la significación del mismo más allá de la nación cubana. Así, encontramos en veredas ideológicas, metodológicas y políticas distintas bajo el título “De Colón a Castro”: *Historia de la isla de Cuba* de Carlos Márquez Sterling, *El Caribe Frontera imperial* del político dominicano Juan Bosch, y el de Eric Williams, *De Colón a Castro: La historia del caribe*; en tanto que CLR James daba un giro planteando que el transcurso era en realidad de “De Toussaint L’Ouverture a Fi-

del Castro”, cuyas revoluciones, decía “a pesar de más de siglo y medio de distancias [...] eran caribeñas” (2010, p. 297). Estas acepciones, convocadas en miradas de largo plazo, mostraban la irrupción del hecho significativo más importante: solo mediante revoluciones se podía aspirar a ser independientes; solo ellas podían configurar estatalidades en donde primara un sentido de la igualdad frente a la herencia colonial del privilegio. Fidel es el nombre del tiempo en donde la búsqueda central es la soberanía de los pueblos en busca de la justicia y la igualdad. Por cierto, que, de ellos, fue sobre Williams de quien tenemos un claro registro a quien Fidel leyó y de quien dijo, evocando su obra frente a jefes de Estado caribeños: “definió de manera elocuente la inserción del Caribe en la Historia” (Castro, 1995, p. 3).

Pero aquella tetralogía interpretativa no fue, de ninguna manera, el reservorio único de interpretaciones sobre la irrupción del liderazgo. Podemos acercarnos a la valoración de un sociólogo tan caribeño como haitiano como lo fue Gerard Pierre Charles, quien en la década de 1970 buscó interpretar el espacio del Gran Caribe como una todo articulado y complejo, signada por el devenir histórico y los conflictos de las grandes potencias. Para él, Fidel era capaz de una “genial conducción”, al tiempo que se convirtió en “legendario guerrillero” dotado de un “liderazgo poco común”, poseedor de una “visión clara” y, sobre todo, era un “líder con dotes excepcionales” (Charles, 1981). Del otro del lado del atlántico Eric Hobsbawm lo definió como una “figura para nada común”, dada su fortaleza, carisma y valentía, advirtió sobre su “pensamiento político nebuloso” (2018, p. 280), en el sentido de su adaptabilidad a las cambiantes condiciones de la confrontación. De vuelta al Caribe, Glissant, que era un antillano pleno, equiparaba los sucesos del Cuartel Moncada con el “estruendo de Motuba”, en referencia a quienes en el cuartel de

ese nombre, decidieron suicidarse antes que rendirse, es decir, vivir libres y nunca rendirse, algo que en la propia acción del Moncada y sus múltiples efectos se habría verificado como la única actitud digna (2010, p. 125).

Por su parte, el argentino Jorge Abelardo Ramos habló de la capacidad “verdaderamente notable” de Fidel para articular una gran alianza popular para lograr la revolución y que él y su grupo hayan podido con ella “lanzarse hacia delante, transformarse en nacionalista primero y en marxista después”, a lo que agregó: “Ésta, y no la teoría de la guerrilla, que no resiste el menor análisis, es la mayor originalidad de la revolución cubana” (1973, p. 288). Ramos captó bien el aporte de Fidel al articular la nación y la revolución en torno al socialismo. Por esos mismos años, el también centenario sociólogo colombiano Orlando Fals Borda escribió que “las guerrillas eran impulsos nacionalistas que atacaban problemas inmediatos: solo tuvieron un horizonte social limitado. Su mejor expresión, y la de mayor éxito, fue la lucha de Fidel Castro” (1970, p. 71). El líder cubano partió de la nación, su éxito se debió a esa premisa, pero jamás se contuvo en ella, pues se convirtió en una necesidad trascender esa frontera y plantear el verdadero problema: bajo el capitalismo, ninguna nación es soberana. Como puede verse, la geografía de la valoración política e histórica es tan notable como el propio juicio sobre su presencia en la vida política.

Sin embargo, no sobra decir que el calibre de su liderazgo e impronta como líder, es directamente proporcional a la gran cantidad de literatura “anti-fidel” o “anti castrista”, misma que daría para ser analizada en varios divanes y múltiples libros, que va desde los juicios políticos más medidos pero firmemente opositores a los desvaríos de la conspiración insospechadas. Las equidistancias entre los productores de este espacio son tan abismales, que parecen hablar de dos perso-

najes distintos, por ejemplo, para algunos Fidel es lo menos cubano de la existencia, mientras que para otros, es la representación misma de la cubanidad. Aunque no revisaremos en esta ocasión de ese universo literario tan diverso como problemático, no podemos dejar notar que este cúmulo de intervenciones públicas es existente y nada minoritario, tanto en sus objetivos, como en sus fuentes y desarrollos. Su propia existencia nos habla del gran impacto político y cultural de una figura histórica, pero que podría resumirse al título de una producción cinematográfica francesa: “La culpa es de Fidel”. O como escribió desde España alguien, que ya fuera que “lo amemos o le odiemos, lo defendamos o combatamos, en definitiva actuamos siempre con respecto a él” (Arcocha, 1973, p. 23).

Pero como toda gesta, el contar su despliegue en el devenir del mundo de las batallas políticas e ideológicas, esto se vuelve necesariamente y obligadamente paradójico. Motivo de disputa, la interpretación encuentra su información privilegiada a partir de la aventura de su piedra angular: la alocución de defensa *La historia me absolverá*. Hemos sostenido en otro momento que se trata del libro político más editado en la región y ese hecho lo vuelve ya, motivo de interés (Ortega, 2026). Documento político propio de la tradición latinoamericana, su versatilidad es casi tan amplia como su presencia constante en la cultura política del conjunto de la región. Editado en la cárcel, como los *Cuadernos* de Antonio Gramsci, funcionan a su vez como fuente de inspiración: objeto predilecto para trazar la lógica de una línea de acontecimientos o bien para confrontarlos cual espejo, quizá no siendo exagerado el mote de “sagradas escrituras del movimiento rebelde” (Szlc, 1986, p. 331).

La recepción de *La historia me absolverá* es ya un ejemplo de la explosividad que generó Fidel y con ello su palabra y

voz, signo distintivo de su práctica política. Para la historia profesional, hay una mirada más neutral que no deja de ser controvertida. Así, para Ada Ferrer aquel discurso, al que no califica en un sentido amplio, es destacable porque circuló en geografías insospechadas, pues inspiró a personajes lejanos, como aquellos momentos en donde se encontraban los combatientes por la independencia frente a Portugal, quienes lo leían en medio de su propio deseo revolucionario (Ferrer, 2022, p. 469). Otra mirada académica como la de Rafael Rojas señalan que *La historia me absolverá* se redactó “con ayuda de algunos intelectuales y políticos de la Ortodoxia como el filósofo y ensayista Jorge Mañach” y era esencialmente un “relato y una denuncia de la represión” (Rojas, 2021, p. 38); en cuyo contenido había una concepción “supraclassista” del pueblo que le permitía entrar en diálogo con corrientes diversas del cosmos ideológico cubano. En otro momento, el ensayista ha declarado que “La tradición doctrinal en la que se inscribía aquel programa fidelista era la del liberalismo y el republicanismo constitucionales” (p. 182). Y, más atrás en el tiempo señaló que su espíritu era el constitucionalismo democrático y el reformismo agrario, apuntalando con ello la paradoja de que la revolución que destruiría el orden liberal, había tenido una inspiración en una versión del mismo tono ideológico (1998, p. 28). Esta aparente contradicción fue detectada por el propio Fidel, cuando señaló las conexiones entre la radicalidad liberal ilustrada y las acepciones del socialismo como búsqueda de profundizar las aspiraciones de libertad e igualdad (Blanco, 2011, p. 262).

Estas miradas, que ejemplifican la distancia propia del académico e historiadora, contrasta con las mil versiones y posibilidades que las aproximaciones militantes hicieron, desde la diversidad de puntos de vista e intentos de relectura productiva, mostrando que este texto, por sí solo, tiene mil

vidas distintas, todas ellas marcadas por usos, apropiaciones y objetivos diversos. Aquella alocución, cuando circuló, se volvió motivo de un cierto culto, aquel que extendía sus hipótesis y cuya existencia verificaba la posibilidad de la revolución. Estas múltiples aproximaciones convirtieron al texto de Fidel en un crisol en sí mismo, pues colocaron en la alocución, el núcleo mismo del despliegue de las energías revolucionarias. Una primigenia, casi inocua, es la del mexicano, periodista autodidacta y militante comunista, Mario Gill, quien señaló, cuando este documento apenas y se socializó fuera de Cuba, que: “En su autodefensa Fidel Castro definió lo que sería el gobierno preconizado por los asaltantes del Moncada. [...] Fue expuesto por Castro apasionadamente, a la vez que describía la dramática realidad del pueblo cubano y denunciaba, al mismo tiempo, los crímenes” (1960, pp. 95-96). Así, dice Gill, con aquel discurso Fidel que era el acusado fue el que “puso al gobierno en el banquillo de los acusados y su discurso se dirigió al verdadero tribunal, al tribunal del pueblo que no estaba presente”. Esta mirada, casi inmediata al triunfo revolucionario, devela la potencialidad que tenía aquella alocución cuando fue efectivamente conocido de manera masiva, es decir, más allá de los círculos de exiliados o combatientes.

La idea de que Fidel había logrado dar la vuelta a la derrota, anotándose una victoria en el juicio fue algo que circuló mucho en la interpretación de los hechos tras la revolución. El colombiano Jorge Zalamea consideró que *La historia me absolverá* es la “Carta fundamental de la revolución latinoamericana y que figurará ya para siempre como uno de los más nobles, valorosos y clarividentes documentos en la historia de la liberación de los pueblos”; ello porque porque, tanto en ese momento como en su posterior papel como jefe de Estado reinó un “nuevo estilo político que consiste en decir, en cual-

quier circunstancia y ante cualquier auditorio, todo lo que se piensa y en hacer todo lo que se dice” (1961, pp. 137 y 139).

En su época afín a la revolución, el escritor Edmundo Desnoes escribió un texto que interpretaba el núcleo central del discurso de Fidel en sintonía con la perspectiva martiana. En ese sentido “Fidel fue a las fuentes de la nacionalidad, el alma de la isla: sin ello no hubiera sido posible la revolución” escribió con la certeza del intérprete imbuido en el proceso mismo. El tema de *La historia me absolverá* era el de hacer una revolución que fuera cubana en su sentido más amplio y ello solo fue posible porque “Fidel ha puesto a Martí a caminar de nuestro entre nosotros” (1967, p. 44), pero aún más, develaba que la potencia de su perspectiva se debía a que Fidel no era otra cosa que el nombre de un pueblo: “La revolución cubana es Martí y es Fidel y somos nosotros” (p. 49).

Dos aproximaciones radicales, ya en momentos posteriores al triunfo guerrillero y con un impacto más visible del hecho revolucionario en su conjunto, son la del haitiano René Depestre y la del panameño Guillermo Castro, quienes presentan panoramas que nos hablan del impacto de la intervención de Fidel en grandes trazos del horizonte utópico latinoamericano y de las amplias consecuencias que generó. Para Depestre se trata de un verdadero “Discurso del método de la descolonización” (1975), en tanto que para el panameño aquel documento fue el “primer planteamiento” (Castro, 1985, p. 187) de las categorías que unifican el proceso nacional-popular que va de la liberación nacional al socialismo por medio de la asunción del problema del poder.

Coetáneo a estas interpretaciones podemos ubicar la de Pablo González Casanova y la de Gregorio Selser. El mexicano señaló que Fidel lanzó objetivos “abstractos, generales” que correspondían a un programa democrático: “enunciado espléndidamente en el alegato de prisión en *La historia me*

absolverá. Fidel se proponía alcanzar esos objetivos, darles un sentido, concreto, real, en serio” (1978, p. 251). Don Pablo González, fue una figura clave de la renovación de la sociología, un constructor de instituciones educativas y, sobre todo, un firme defensor de la Revolución cubana. En tanto que Selsler, en los 20 años del recuerdo del Moncada, escribió en la muy importante revista *Marcha*, que el Moncada quedó “como un nombre profético” e hito fundamental de la historia, pero sobre todo “Fidel Castro transfirió el móvil de su causa a los estrados tribunalicios y produjo, frente a los jueces de la tiranía, el documento más importante de su lucha antibatistiana”, sin embargo, dio un giro a esta visión puramente local para entroncar con una interpretación regional, en tanto que colocaba al imperio en el ojo de la denuncia:

En “La historia me absolverá” están dados todos los elementos para juzgar, no solo a Batista y al régimen, sino a la mayor parte de quienes le precedieron, y, en última instancia, al sistema mismo, sin excluir al poder, no tan invisible, de la potencia vecina que les dio el ser, los amamantó y les prestó respaldo y fortaleza: Estados Unidos. (1973, p.6)

Como en otros casos, los comentarios se extienden de manera diversa, centrándose en tópicos que resultan explosivos puesto que demarcan la posibilidad de la apropiación productiva, al menos para los campos de la teoría. Para Mirta Aguirre e Isabel Monal, Marta Rojas, Fernando Martínez Heredia o Marta Harnecker, lo que se juega es una concepción del pueblo que funciona de manera articuladora para avanzar en un proceso revolucionario. Para Mirta Aguirre e Isabel Monal, se trataba en aquel documento de un concepto de pueblo en donde el asalto del cuartel Moncada era el “motor pequeño” que echaba andar el “motor grande” de la revolución

(Aguirre y Monal, 1980, p. 32). Para la periodista Marta Rojas “Los que fueron a redimir, y los redimidos por la Revolución dirigida por Fidel, estaban comprendidos en la concepción del pueblo” (1985, p. 123) contenido en el opúsculo. En tanto, Martínez Heredia señaló que el planteamiento y análisis de Fidel volvía inocua la demanda de reestablecer la vigencia de la Constitución de 1940 (2018b, p. 517). Con Marta Harnecker se puede leer un Fidel en clave de construcción hegemónica a partir de la unidad problemática del método de lucha y objetivos concretos.

En su momento, de manera puntual, Mirta Aguirre señaló al respecto de la alocución algo que fue una realidad durante las décadas de la actualidad de la revolución: “No hay latinoamericano, no hay revolucionario que, en cualquier punto geográfico del globo, no conozca hoy las palabras que cierran el fragmento final” y equiparaba su valor: “el gran documento histórico que es a la revolución cubana el equivalente de lo que fue el Manifiesto de Montecristi a la guerra del noventa y cinco” (1985, p. 180). Para Aguirre, parte de la fuerza que consigue emocionar a la voluntad política de los subalternos de aquel documento es, en parte, la actitud quijotesca de Fidel: el que lucha contra grandes molinos.⁽²⁾

Otros registros, más variados, no dejan de insistir en su potencia. Para Mario Mencía hay un planteamiento antimperialista como eje central: “Síntesis de la historia de nuestras rebeldías y desilusiones, *La historia me absolverá* emerge como el programa mínimo para reencauzar el proceso cubano de liberación, sobre bases realistas, posibles, que le per-

² Jorge Portilla había adelantado esta imagen, apenas en marzo de 1959 cuando escribió: “Castro Ruz representa el triunfo de lo mejor del mundo de habla española contra lo peor de ese mismo mundo. Es el triunfo de Don Quijote sobre Torquemada” (1959, p. 17). También véase un interesante texto de Pablo Mariñes (2018), donde se rastrean los vínculos de Fidel con el de La Mancha.

mitan su culminación después de casi un siglo de esfuerzos inconclusos” (2003, p. 107). Para Pierre-Charles se trata de un “primer programa de la revolución” y un “testimonio para el pueblo” de la represión vivida durante esos años. Desde la mirada filosófica y ética que lo caracterizó, Cintio Vitier señaló que:

Desde los puntos de vista jurídico, histórico, político y social, *La Historia me absolverá* es una pieza ética de primera magnitud, epílogo del asalto al Moncada, fundamentación ideológica de la Generación del Centenario en trance ya de convertirse en Movimiento 26 de Julio, y prólogo al desembarco del Granma y a la campaña de la Sierra Maestra. (1975, p. 195)

Winocur apela al dicho de Jruschov de que aquel documento “se leía como un poema” (1963, p. 232), en tanto que para la historiografía soviética de mediados del siglo XX, aquel fue el “documento programático de la revolución democrático popular, agraria y antiimperialista” (Darushenkov, 1979, p. 79). En tanto que Carlos Rafael Rodríguez, en un fragmentado citado múltiples veces, insiste en que la dialéctica histórica hace “desembocar” de manera necesaria *La historia me absolverá* en el *Manifiesto comunista*, pero que el primero tiene su origen el documento martiano del *Manifiesto de Montecristi*. Entonces, al decir del viejo militante comunista la cualidad del texto y de la práctica política de Fidel expresada en el, es que logró unificar lo particular de la experiencia de la revolución cubana con el elemento universal del socialismo. En esta perspectiva, el socialismo no era teoría exportada, ni copiada, sino parte de la propia experiencia de los pueblos en busca de su capacidad de conquistar soberanía.

Finalmente, es preciso reconocer la actitud de Enrique Dussel (1985), el filósofo argentino-mexicano que propuso la “filosofía de la liberación”, y que encontró en Fidel un recurso vital para pensar la categoría de pueblo y el papel del liderazgo. La presencia del cubano en la obra del teórico es constante para ampliar la noción de pueblo y mostrar que existían socialistas que concebían más allá de la contradicción capital-trabajo, asociada a las teorizaciones europeas. Dussel apuntalaba con Fidel su propuesta de la “exterioridad”, es decir, de todo aquello que escapaba a las determinaciones del capital, pero que eran necesarias para él. El Tercer Mundo o el pueblo, eran parte de esa exterioridad radical que Fidel expresó en su práctica política y el mérito de Dussel es, además, el haber señalado su importancia para el pensamiento filosófico.

Vale la pena señalar, además, que en poemas, este ocupa un lugar en el extenso *Canto secular a Cuba* de José Carrillo, quien escribió “Al encargarse, atlético y marmóreo/Fidel en tono profético y acerbo/Que, túrgido el tórax, voceo estentóreo/Con indoblegable en la victoria/-Condenadme, me absolverá la historia” y remató “En fasto y gesta de Fidel enhiesto,/Su discurso también fue Manifiesto” (1974, p. 172). Esa presencia poética de Fidel, además, se dejó sentir con mucha fuerza con el decimario del puertorriqueño Juan Camacho, que llevó el texto a una versión de estrofa, donde concluyó: “Pero la Revolución/ya estaba en marcha y venció/y tal como prometió/en su discurso famoso/Fidel salió victorioso/y la Historia lo absolvió” (2011).

Además de estas intervenciones que buscaron calibrar el peso de lo que el italiano Severo Tutino llamó un “documento histórico”, la manera en que el propio Fidel calibró su discurso daría para hablar extensamente. Y es que, el actor trabajó sus propias ideas, reivindicó en momentos con mayor intensidad

el lado radical en tanto que en otros llamó a no confundirlo con un documento marxista. La compilación realizada por cuatro mujeres, Dolores Guerra, Marla Peláez, Margarita Llano y Amparo Hernández (2009), da seguimiento a las distintas maneras, en que Fidel reconstruyó el lugar aquel programa dentro del programa general de la revolución, mostrando que el propio Fidel hacía apropiaciones y reapropiaciones del texto, como si este, en realidad, no le perteneciera. Otros trabajos, en un tono académico, abordan aspectos específicos, como el caso de la cuestión pedagógica-educativa (Suárez, 2010).

En el caso de este texto que presentamos, se abreva de este decurso político-intelectual, porque nos parece que Fidel es el nombre de un proceso mucho más amplio que la biografía de un individuo: es un *espacio teórico* y político que demarca una coyuntura, la de la liberación nacional, al tiempo que entrega las más diversas herramientas para quienes militan en dicha acepción. Se trata del nombre de esa búsqueda incesante de asegurar el ejercicio soberano del pueblo, en clave nacional y revolucionaria, pero que solo se puede afirmar, con certeza y firmeza, en una condición global de igualdad y justicia. Y es ahí donde el discurso de defensa asume una vitalidad extraterritorial, pues pasa del *partisano* que defiende la soberanía de la isla, al combatiente solidario por la emancipación humana, en clave eminentemente universal. Es la posibilidad o no de la justicia, tanto en el orden global como en el sentido de ordenación de la vida en sociedad, lo que gana peso en la práctica de Fidel y lo que lo volvió, de hecho, en la figura disruptiva del tiempo histórico. Su adopción por el socialismo, primero en la materialidad empírica de los conflictos a inicios de 1960 y después como horizonte de largo plazo, independientemente de cualquier forma concreta del mismo, no es sino la ratificación de ese principio justiciero, llevado con la claridad del

líder, pero también con la terquedad astucia de quien debe vivir los momentos extraordinarios de la soledad política.

Es preciso señalar que, como ya hemos dicho y reiteramos, no se trata de retratar el devenir del rico y complejo proceso revolucionario cubano, que tiene a lúcidos pensadores como a sistemáticos intérpretes. Más bien, de lo que se trata es de discernir en un entramado no siempre claro, los aportes específicos de Fidel y ello obliga a realizar una operación de lectura de alguien que, esencialmente, habló y no solo eso, además, como dijo Gianni Miná, el discurso era una especie de cordialidad razonada, es decir, que partía del corazón para saltar a la razón.⁽³⁾ El propio líder, de pasada, señalaba esta condición obligada cuando se trataba de dirigir: “Razonando fríamente, como hay que razonar con el pueblo” (1989, p. 12). La voz de Fidel, desde *La historia me absolverá*, se convertirá en el medio predilecto de aproximación a lo que podemos llamar su *obra*. Y aunque puede considerarse que Fidel fue un autor, tal como lo reclaman sus *Reflexiones* o el libro sobre la paz en Colombia, así como la reconstrucción pormenorizada, documentos en mano, sobre la forma de la lucha guerrillera en *La victoria estratégica*, no cabe duda que la voz fue el elemento clave a lo largo del tiempo para poder identificarlo.

Esto va en consonancia con lo escrito en alguna ocasión por Gabriel García Márquez, que reflexionó sobre cómo Fidel cultivó la *palabra hablada*, y de la importancia que esta tenía para poder comprender su liderazgo. Fidel mismo, tuvo que reflexionar en algunos momentos sobre esta condición tan peculiar, donde el dirigente asumió su tarea como guía, por medio de la palabra y el liderazgo asume la forma de una voz

³ La cita de Miná se encuentra en el documental *Los afortunados que entrevistaron a Fidel*. Existe una versión transcrita de fragmentos del diálogo entre Ramonet, Borge, Betto y Miná, aunque este fragmento no se colocó en papel (Rodríguez, 2007).

en la plaza o bien, como respuesta a la interpelación incómoda del periodista. Dice, justo en una entrevista:

Muchas veces me ocurre algo más: hago un discurso, en ocasiones tengo que hablar con determinada extensión, porque mi tarea es tratar de persuadir, de argumentar, a veces insistir, reiterar, y por lo general cuando concluyo me quedo insatisfecho; después lo veo ya transcrito, no son discursos escritos previamente, suelo tener entonces una mejor impresión que cuando termino de hacer el discurso. (1985c, p. 47)

Y remató aquella evaluación, que era sobre su práctica política misma, diciendo:

Es decir, no siento placer en hacer un discurso, lo veo más bien como un deber, una tarea delicada, un objetivo a cumplir, un mensaje, una idea, un sentimiento que transmitir, y siento el peso de la responsabilidad por lo que tenga que decir allí. (p. 74)

Entre quienes han captado mejor esta condición de un aporte en *estado práctico* que toma dirección y racionalidad a partir del discurso en la plaza o bien en la entrevista, se encuentra don Pablo González Casanova. Escribió el sociólogo a mediados de la década de 1970:

Fidel hizo un arte del discurso de los hechos y las palabras. Utilizó los viejos y los nuevos métodos de comunicación para razonar con el pueblo sobre las distintas alternativas de acción, las reacciones previsibles del enemigo, las respuestas mejores del pueblo. Cuando el 17 de mayo de 1959 promulgó la ley de la reforma agraria, la lucha de clases se

expresó más clara que nunca en la lucha democrática y Fidel empezó ese tipo de discursos-razonamiento —hechos—, masas pensantes y actuantes, que hicieron del pueblo de Cuba un espectáculo de la inteligencia, de la moral y la fuerza, parecido al de los clásicos. (1978, p. 254)

Esta idea de que el discurso se volvió arte propio de la racionalidad política es lo que vuelve tan importante todo el ejercicio de alocución pública de Fidel. Esto es así porque se configuró su participación como un líder que dirige y organiza, esencialmente, con la palabra; en diálogo con la plaza, en constante proceso de aprobación que legitima la decisión. Esto es algo que sigue molestando a las versiones del liberalismo antipopular y anti plebeyo de las academias y de los críticos de Fidel en particular, a quienes la voz, el diálogo y el plebiscito les parece inconcebible. Pero es en esta versión de la política popular que el ensayo, el error, la posibilidad de comprender el horizonte, se juega no en el frío cálculo del liberalismo abstracto de la urna, ni en el solipsismo aturridor del derecho individual aislado, sino en la prueba de fuego de la aprobación de las masas en la plaza, una vez que han sido convencidas. Difícil de comprender para quienes miran al imperio del dinero y su forma liberal democrática como el único camino posible para la socialización política.

Todo ello quedó consignado en numerosos testimonios, remitimos a varios de ellos, pues atestiguan que se trató de un elemento crucial, valorada pese a las diferencias políticas o temporales. En apenas un fragmento elaborado por Sol Arguedas, intelectual mexicana que visitó Cuba a inicios de la década de 1960, se destaca de inmediato la aparición de la televisión como otra manera de construir espacio público:

Fidel Castro entra en cada hogar cubano a dialogar con sus moradores [...] A través de la televisión, Fidel Castro dialoga con los habitantes en la intimidad de sus hogares. En esos largos, larguísimos y aparentes monólogos, el diálogo está implícito: los hilos por donde se desprende y regresa, los rodeos con que encierra conceptos afines, las incansables repeticiones sinfónicas de un tema, y el exhaustivo desnudamiento del mismo, constituyen respuestas a preguntas previas, esclarecimiento de dudas, afirmación de juicios anteriores. (1962, p. 147).

Involuntariamente quizá, este fragmento podría ser ilustrado con el grabado de Arturo Bustos, integrante del Taller de Gráfica Popular que retrata el papel de la televisión y de Fidel en ella. Al inicio del siglo XXI, el propio Fidel se enorgullecía de que la televisión cubana fuera la única que no practicaba la comercialización como actividad central de su existencia, señalando involuntariamente el carácter eminentemente político y educativo que tenía la comunicación (2003, p. 59). Este “ethos”, no es, sin embargo, extraño a una cultura política que entiende la importancia de la voz, el diálogo y la presencia en el espacio público. En alguna ocasión, el periodista mexicano Fernando Benítez escribió sobre el pueblo cubano:

Se vacía materialmente al hablar, lo enajena la palabra y Fidel está hecho de esa misma sustancia [...] Fidel Castro no quiere callar ni el pueblo quiere que le oculte nada. Se habla pues de todo, sin tapujos ni reticencias, siempre de un modo tan abierto y tan franco que se juzgaría impolítico en otro país donde los negocios se entendieran como negocios que no siempre sería conveniente hacerlos públicos. (1960, pp. 58 y 59)

La verdad no se oculta en la plaza, por tanto se juega en ella el convencimiento de las mayorías a partir de enunciarla, por difícil que esta sea.

Otros relatos insisten en esta característica de vínculo entre voz del líder y el pueblo. Por ejemplo, Max Aub rememora:

Discurso de Fidel. La imagen de un caudillo de nueva factura. Dejemos aparte la apostura, la voz, la belleza. Hay algo en él de humildad ante las masas, de misionero español, evidente [...] Stalin era un matrero, callado, desconfiado. Fidel es exactamente lo contrario: tiene confianza en la gente y la inspira. Cuenta las cosas con sencillez, para personas sencillas y las repite, la machaca, desmenuza y, al reconstruir, convence. (1969, p. 50)

Pero no fue el transterrado español el único que detectó lo que los pioneros viajes de Benítez o Arguedas. El argentino Varela, al abrir la década de 1960 relató:

Cuando Fidel habla desde los estudios de televisión, las calles quedan vacías [...] Cuando no se dirige al pueblo durante ocho a quince días, la gente comenta, inquieta: -Hace mucho que no habla Fidel [...] Esta apasionada atención que los cubanos dedican a su líder es una de las cosas que más irritan a sus enemigos. (1960, p. 173)

Y la brasileña Jurema Finamour en un tono similar, relata su presencia en una concentración pública, señalando al inicio “Un delirio de alegría invade a la multitud”, que inmediatamente corea consignas en favor de la revolución. Cuando el comandante habla, prosigue la intelectual y militante: “Un mar revuelto se tranquiliza de repente. Casi sin comprender,

vemos a una multitud impaciente que se torna inmovil, tallada en piedra, con los ojos fijos en lo alto. Es Fidel que resurge por detrás de una trinchera de micrófonos. Se desencadenan una sacudida de aplausos”. Seis horas habló Fidel en 2 de enero de 1962, “sin ninguna demostración de mínima impaciencia” (1962, pp. 24 y 25).

El puertorriqueño Manuel Maldonado Denis insiste: “Dialoga con la gente desde la tribuna, contesta sus preguntas, habla con ellos de tú a tú” (1968, pp. 11-23). La voz, el discurso, la plaza, todos ellos lugares de síntesis de la acción política, de configuración de la relación entre el líder y el pueblo, vínculo que es de doble sentido y lejos está del trillado argumento de la manipulación. Es este ánimo, el que muchas décadas después, animó a Adolfo Sánchez Rebolledo —compilador de una importante colección de discursos del cubano— a escribir:

Fidel prefiere escuchar al pueblo, desligarse de la politiquería y avanzar en la revolución social, afirmando la soberanía y la independencia de la isla, viejo sueño truncado por la interferencia neocolonial del imperio. Gracias a esa ágora ateniense que es la Plaza, Fidel se transforma al tiempo que avanza la revolución [...]. (2014, p. 225)

En tanto que Lucy Lortsch, artista franco-chilena que una década después estará presa en el Estado Nacional de Santiago, escribió en 1963: “Fidel improvisa al hablar. Improvisación no es la palabra exacta; más bien piensa en alta voz, piensa con precisión, a veces con lentitud, y de pronto acelera el ritmo. Su voz se carga de pasión o de ironía [...]” (1964, p. 30). Ernesto Cardenal, ya en la década de 1970 insistía en que “Fidel no es un dirigente sino un pedagogo. Fidel es sobre todo un profesor. Sus discursos son largos porque son lecciones que él da al pueblo de Cuba. Pero sobre todo más que enseñar con

la palabra él enseña con el ejemplo” (1977, p. 39). Todas estos testimonios, siempre con un emisor de una cultura nacional y política distinta, en escenarios distintos y en tiempos diferenciados son coincidentes.

Desde Cuba, eran variadas las voces que colocaban en el centro este mismo hecho. Desnoes, por ejemplo, insistía en que lo que era una “asimilación, de una incorporación palpable en las conversaciones de Fidel con el pueblo” y señalaba como Martí era un “río caudaloso” que no podía sino desbordarse en la escritura, pasando de un tema a otro, y con Fidel “Cambiano escribir por hablar”, sería lo mismo. Fidel es el desborde de la palabra. No fue para nada casual que, muy temprano en la revolución, Raúl insistiera que “Fidel sino hubiera sido revolucionario, hubiera sido un gran maestro” en referencia a su cualidad pedagógica, misma que se expresaba en la plaza y también en la televisión (1960, p. 44). No fue casual que Fidel mismo insistiera en la necesidad de utilizar “el más moderno y el más formidable medio de divulgación” (1960c, p. 175), es decir, la televisión. Recientemente Rojas (2026) señaló que en el caso de Cuba, la revolución sí fue televisada, en referencia a una famosa canción de la contracultura norteamericana de la época.

Otros testimonios de la época son significativos, pues acrecientan la imagen de este magnetismo que la voz en la plaza provocaba. La poeta Margaret Randall escribió

Los discursos de Fidel, por otro lado, nunca eran aburridos ni repetían fórmulas. Con una duración habitual de tres a cinco horas, mantenían la atención de cubanos y visitante. El hombre era un maestro consumado. Iba de la experiencia —situaciones y problemas con los cuales podían identificarse todos los cubanos— a lo general y lo teórico. Avanzaba y retrocedía, explicando hábilmente y de manera conclu-

yente como las grandes batallas política repercutían en la vida de la gente. (2016, pp. 42 y 43)

A esto debe agregarse el testimonio de su hijo, que es igualmente elocuente y nutre la mirada sobre los años posteriores al triunfo:

En sus discursos, Fidel era capaz de explicar la recesión profunda entre todos los fenómenos e iba enseñándonos el internacionalismo como valor supremo [...] Cada cierto tiempo un discurso de Fidel ponía la cosas en perspectiva. Hablaba por horas, explicando, hilvanando las ideas en medio del silencio atento de cientos de miles de personas [...] Fidel tenía la capacidad de dialogar con la multitud. Uno estaba allí en medio de tantos y sentía que te estaba hablando casi personalmente. (Randall, 2007, p. 148)

Muchos años después, Eusebio Leal también realizaba una consideración en su visión de la potencia de la voz del líder:

Con un verbo adornado por la llama del carisma, vivió bajo la urgencia de los profetas y fue un modelo del concepto “ignaciano” de la disciplina que ejercitó en la lectura, la meditación y la vigilia. En estos discursos se pone de manifiesto no solo su erudición, sino su conocimiento de las cuestiones esenciales del mundo que le tocó vivir. (2018, p. 10)

O, como en su momento lo expresó un poeta ecuatoriano: “Fidel de la garganta de granito/de la voz que desciende como un rayo,/de la lengua certera y convincente” (Ledesma, 1980, p. 140). Todos estos argumentos, apilados aquí, no son otra cosa que la consagración de un problema teórico y político, el

de cómo estudiar a una personalidad que afincaba su fuerza en la voz, a partir de la existencia del templete, en vínculo permanente con la plaza. Y al que tenemos que mirar, muchos años después, con la distancia, en texto, sin el calor del vínculo afectivo, sin la cordialidad razonada de la que se habló antes. Antes que un problema metodológico, que se resuelve a partir de una inscripción teórica en tal o cual concepción abstracta, se trata de un problema político: la voz como instrumento preferente para guiar. Palabra y acción como el acontecimiento político mismo. No es casual que los escritos sobre la “retórica” sean de los más relevantes en los últimos tiempos a propósito de Fidel, tal como hicieron recientemente Paola Laura Gorla (2014) y Silvia Giraudó (2010) en Argentina. Ambos, estudios comprensivos, de largo aliento y con una mirada académica sobresaliente.

Tiempo, palabra y política, son los elementos claves para poder acercarse a Fidel, podemos concluir. No desde la medida del estudio que busca la repetición de frases o palabras, ni la reiteración de temas, sino desde la pasión política de quien sigue a un liderazgo que transformó las coordenadas enteras del globo y manifestó la posibilidad de entrar en un nuevo tiempo histórico. El futuro, en Fidel, es ya de por sí un tema que habría que analizar, pero del que diremos ahora que aquella voz de en la plaza pública, frente al pueblo —sin importar que plaza, sin importar la composición del pueblo— es la lección más profunda del espíritu revolucionario. Todo comenzó con un discurso y es ahí, en la palabra, en el diálogo, en la interpelación, en donde se juega todo.

“Esa bandera, ese cielo y esta tierra”: dialéctica de la soberanía en Fidel

Fidel fue un patriota y como tal le pertenece por derecho a los cubanos, a los latinoamericanos y a los pueblos del mundo que luchan por su soberanía. Y es que, más allá de cualquier discusión conceptual o teórica sobre la acepción del nacionalismo, no hay duda de que para Fidel la patria era la humanidad, como reza el adagio de José Martí. En una conversación con periodistas franceses, el comandante en Jefe se deslindó de una versión pobre o limitada de la idea del nacionalismo, que, aunque amplia, merece ser referida en su plenitud:

[T]ampoco defendemos intereses nacionales, nosotros no somos muy nacionalistas; somos patriotas, pero no somos muy nacionalistas, y somos fuertemente fieles a nuestros principios políticos. Muchas veces hemos sabido sacrificar nuestros intereses nacionales en aras de los principios de nuestra revolución y de nuestros principios internacionales.

Están un poco acostumbrados a pensar que el interés nacional debe estar por encima de cualquier otro interés: y nosotros hemos dicho que nuestra patria no es solo Cuba; nuestra patria es también la humanidad. Estamos aprendiendo a pensar en términos de humanidad. El hombre pensó primero como clan, después como tribu, después como grupo feudal y después pensó como nación. Cuando el hombre empieza a pensar con sentido universal, empieza a ver a toda la humanidad como su familia y empieza a ver a toda la humanidad como su patria, entonces se habrá dado un gran paso de avance en su desarrollo político y su conciencia.

El nacionalismo es fuerte. A mí me choca cuando veo que crudamente los políticos defienden, exclusivamente, el interés nacional. Y creo que es una frontera estrecha; somos marxistas, creemos serlo, y el marxismo toma en cuenta el sentimiento patriótico y el sentimiento nacional, que fue un gran avance en su tiempo. Y yo creo que, incluso, sigue desempeñando un gran papel y debe desempeñar todavía un gran papel; porque en la lucha contra el colonialismo y contra el neo-colonialismo, ese sentimiento nacional desempeñó un papel importante, y yo digo que todavía es una idea progresista, cuando el país defiende sus intereses nacionales frente a una opresión extranjera; pero yo diría que es hora de tránsito, y para nosotros es de tránsito hacia sentimientos más avanzados; debemos pensar no solo en términos nacionales, sino en términos internacionales, en términos mundiales, se puede decir. (1983a, pp. 51 y 52)

Esta larga cita, enunciada durante una entrevista por parte del líder revolucionario nos permite distinguir numerosas escalas en las que el mundo de Fidel se expresó a través de la

dialéctica histórica de la confrontación mundial y en buena medida el corazón de nuestro argumento para sostener su pertinencia como herencia en clave de liberación nacional. La primera acepción es indudablemente la de una concepción nacional en clave revolucionaria: conquistar la posibilidad de soberanía tenía que lograrse en detrimento de los grandes poderes e intereses de los capitales y sus expresiones oligárquicas y monopólicas, tanto de estirpe foránea como local. Pero la soberanía, aunque planteada esencialmente como autoridad o control territorial, es un elemento que debe trascender, en el caso de los países del Tercer Mundo (hoy llamado “Sur Global”), más allá de lo territorial. Y es que, la condición extrema de Cuba, mostraba los límites y alcances de una perspectiva exclusivamente local. Aunque era muy importante poseer el control territorial, forjar una estatalidad que pudiera atender y proteger a la sociedad, así como una economía que colocara en primer plano los intereses de su pueblo, esto resultaba aún un paso limitado, mientras el entorno global siguiera siendo adverso, dada la amenaza que suponía la existencia del imperialismo y el colonialismo. Fidel muestra la claridad de quien concibe políticamente que no hay posibilidad de desplegar todas las potencialidades revolucionarias del proceso de cambio en la sociedad sin un diálogo, apertura y cooperación con otras naciones, hasta que efectivamente estas sean irrelevantes, algo que mantuvo como un espíritu de optimismo.⁽¹⁾ De ahí el adagio del “patria es humanidad” y su concreción política en una soberanía siempre abierta al mundo. Fue la cerrazón norteamericana, que desde el inicio

¹ “El nacionalismo jugó un papel en la historia. Pero, ¿qué es el nacionalismo hoy, comparado con el tribalismo ayer? primero había tribus, después había naciones. Entonces, algún día se mirará el nacionalismo como hoy miramos al tribalismo. Algún día tendrán que desaparecer las fronteras” (Walters, 1977, p. 80).

de la gesta revolucionaria cerró mercados, impulsó boicots y financió invasiones, la que obligó a buscar diversidad de socios, mercados y aliados.

La condición para el ejercicio de la soberanía de un pueblo no es solo conquistar la posibilidad de la existencia de la nación en medio de grandes procesos de cambio, en el reordenamiento del vínculo entre grupos y clases, forja de instituciones y mediaciones que conectaran a la sociedad con la figura Estatal en función de sus derechos y necesidades. La ecuación demandaba reconocer que la soberanía de un pueblo aislado y asediado nunca podía ser realmente plena: esa capacidad de autodeterminación debía ser compartida por todos aquellos pueblos que lo demandaran, y Cuba fue promotor de ello sobre la base del voluntariado (Castro, 2026a, p. 21). De esta premisa nace la insistencia cubana de apoyar a los pueblos africanos que solicitaran su ayuda, en la lucha por la liberación, lo cual no respondía a un interés geopolítico de suma y resta, sino como verdadero leitmotiv de la revolución misma: solo podía ser libre el pueblo cubano, sí lo eran todos. Este énfasis en un principio de solidaridad costó, como se sabe, el sacrificio de procesos de apertura de relaciones en la presidencia de Jimmy Carter, pues como decía Fidel “Estados Unidos perdió prácticamente el sueño con esa especie de osadía de que un pequeño país como Cuba, bloqueado y amenazado, fuera capaz de cumplir una misión internacionalista de esta naturaleza. En la cabeza del imperio, eso no se concibe” (2026c, p. 49).

Cuando se enuncia la consigna que el destino de Cuba es el destino del continente o incluso del mundo, no se está interpelando al conjunto social de una manera abstracta o como una consigna agitativa en la plaza: es una realidad tangible que, si un país que ha decidido trazar de manera autónoma su destino es agredido, cualquier otro país lo podrá

ser. Esta es la principal lección que la Revolución cubana, y especialmente Fidel, entendieron: no bastaba quedarse en un plano nacional-revolucionario, que logró algunas importantes reformas al inicio del gobierno revolucionario, mismas que se transformaron en conquistas sociales de un pacto de protección amplio y una remodelación del aparato estatal. Era preciso reconocer que ni Cuba, ni América Latina están solas en el mundo y, lección de nuestro tiempo: “Quien no es capaz de luchar por otros. nunca será suficientemente capaz de luchar por sí mismo” (2026c, p. 51).

La batalla no fue inocua, ni solo discursiva, mucho menos limitada a los muros de la sede de la ONU en Nueva York. La perspectiva de Fidel en 1959 tuvo que cambiar rápidamente, pasando de una defensa soberana en diálogo (Castro, 1959b), a la resistencia armada ante la soberbia de la agresión militar. ¿Por qué designar como nacional-revolucionaria esta fase de su práctica y pensamiento? Porque un conjunto de importantes reformas (agraria, urbana, bancaria) llevadas a cabo por el gobierno revolucionario, recibieron como respuesta a la agresión externa, dejando como lección que no se podía desarmar el modelo oligárquico sin atentar contra las forma neocoloniales que lo sostenían.. El hecho de ejercer el derecho que corresponde como nación independiente pasó factura cuando de la amenaza verbal el escenario se movió hacia la violencia física: “porque hemos querido liberarnos económicamente”, “porque queremos ser un pueblo soberano”, “porque nos hemos preocupado por los humildes de nuestra tierra” porque hemos echado la suerte con los pobres de nuestra patria”, dijo Fidel ante una plaza abarrotada, la respuesta del poder imperial fue: “destruirnos” (1981, p. 19).

La cuestión se tornó entonces en un momento que conservara la independencia de la nación pero reconociendo que la determinación soberana no evocaba el aislamiento ni

el encierro. Su realización real, como pueblo pleno y libre, se encontraba por fuera de los límites territoriales de un solo pueblo y sus limitadas capacidades (porque todos los pueblos y naciones tienen limitadas capacidades, ninguno se basta a sí mismo). Porque la soberanía del pueblo cubano solo era ejercitable si era acompañada por la soberanía del resto de los pueblos hasta entonces dominados por las formas coloniales o imperiales. Este es el momento superador en la dialéctica histórica, y que se convirtió en un planteamiento radicalmente solidario y convencidamente internacionalista de la Revolución cubana.

Vale la pena recordar aquí que Fidel, además de ser un convencido partisano de la soberanía cubana frente al dominio del capital en su modalidad imperialista, también fue un intérprete del desarrollo de la misma. Es decir, que estableció la marca distintiva para comprender el devenir de lo que el pensamiento de Karl Marx distinguió como “el partido en sentido histórico y el partido en sentido efímero”. Con la primera acepción se hacía referencia al gran proyecto histórico, articulador de programas, voluntades y energías por el cambio; el segundo a las formas concretas que esa pretensión asumía en cada coyuntura o periodo concreto. Así, la independencia de Cuba es el gran proyecto histórico, siempre en busca de realizarse, en tanto que las fechas de 1868, 1898, 1933 o 1959 son figuras diversificadas de aquella matriz. La idea fuerte que Fidel sostuvo era que en “Cuba había habido una sola revolución” (1975c), que era la misma pese a sus cambios de temporalidad. Fidel reconocía la raíz profunda de espíritu libertario desde las primeras gestas y fue particularmente especial en analizar políticamente el siglo XIX, contrastando una ausencia relativa del acontecimiento de 1933. Por tanto, 1959 solo se explicaba a partir de ese gran sentido histórico. No hay “teleología” como se le ha querido criticar

desde medios académicos, toda vez que no existe garantía alguna para que el objetivo se cumpla y se trata de una pugna constante, de ensayo y error.

De tal manera, Fidel no es solo cubano porque en el núcleo de su pensamiento y de su acción se encuentra el convencimiento de que la isla solo podía ser libre y contar con autodeterminación si ese ejercicio se replicaba. El escenario era condicionante, la forma del capitalismo no era nunca exclusivamente nacional, aunque ahí tiene una parte de su secreto de desarrollo: “Sin embargo, el caso de Cuba no es un caso aislado. Sería un error pensar en el caso de Cuba. El caso de Cuba es el caso de todos los pueblos subdesarrollados. El caso de Cuba es como el caso del Congo, como el caso de Egipto, como el caso de Argelia, es como el caso de Irán Occidental, y, en fin, como el caso de Panamá, que quiere su canal; como el caso de Puerto Rico, al que le destruyen su espíritu nacional [...]” (2008a, p. 173), apuntó Fidel denotando esta perspectiva. El conjunto en el que se despliegan las capacidades de los pueblos tiene que ver con un mundo más amplio, por igual lleno de intercambios y cruces, como por violencia y formas opresivas que se aspira a suprimir de manera definitiva. Una ventaja del término “Tercer mundo” es que demarcaba la diferencia concomitante a los ejercicios de poder, señalando una condición de subordinación y la amenaza latente sobre ellos. Esto es lo que se desdibuja con las versiones contemporáneas del “Sur global”, donde aparece como una disposición geográfico-temporal indeterminada. La reivindicación del lenguaje áspero no era solo una opción semántica, era la designación del mundo: “Yo veía ayer una imagen de lo que son las Naciones Unidas en la actualidad. En el almuerzo, donde había un gran número de mesas, en unas mesas estábamos los plebeyos, y en otra —la observaba atentamente— estaban

los poderosos que gobiernan este mundo” (2000, p. 20), señaló Fidel en el tránsito hacia el siglo XXI.

Es por ello que la mirada de Fidel abandona la centralidad exclusivamente nacional (que perdura y articula los esfuerzos eminentemente cubanos) para dar paso a la figura de la liberación nacional, de carácter *tricontinental*, es decir, de la mayoría del mundo que no había conocido ni la autodeterminación, ni la soberanía, y en donde todos aquellos que hoy se llaman subalternos solo podían tener aspiración de compartir memoria e historia en el espacio nacional. Es quizá este el elemento clave de la honda huella en la historia que Fidel produjo, pues además de ser un icono revolucionario cubano, se transforma en un abanderado de la lucha por la liberación de otros pueblos, los que son interpelados por la obstinación cubana de decidir por ellos mismos. Durante algún congreso, frente a trabajadores sindicalizados del mundo, enunció muy bien esta tesis que conecta los problemas nacionales de un pueblo en revolución, con las aspiraciones y deseos de muchos otros pueblos, también ansiosos y necesitados de erigirse como independientes:

Hoy en nuestro mundo, cada día más pequeño y más interrelacionado, la universalidad de los problemas es de tal naturaleza y la presencia de los monopolios en la vida económica adquiere tal intensidad, que ello pone de manifiesto con extraordinaria fuerza la comunidad de intereses de todos los trabajadores y reclama una respuesta cada vez más unánime y más internacional. Ya no hay pueblos ni acontecimientos encerrados detrás de sus fronteras. (1982b, p. 60)

Así, se va configurando una concepción de la liberación nacional que atañe a los principales componentes, tales como la independencia política —deuda pendiente en buena parte del

globo, especialmente en África y Asia de la segunda mitad del siglo XX—, la independencia económica —especialmente en América Latina y el Caribe— y la soberanía en tanto ejercicio de decisión de los pueblos frente a las amenazas y agresiones imperiales, que no solo no cesaron en aquella centuria, sino que vemos repetidas exponencialmente en nuestro tiempo.

El programa de la liberación nacional incluye la independencia, también la posibilidad de utilizar conscientemente a la naturaleza, pero además implica la urgencia de atender problemas y dimensiones puntuales de cada sociedad. Así, aunque en África y Asia existen condiciones distintas a las latinoamericanas y dentro de este último continente cada país posee sus particularidades, en última instancia, en todas ellas los pueblos buscan dotarse de instrumentos de desarrollo, mediaciones e instituciones que garanticen una mejor calidad de vida. En resumidas cuentas, todos los pueblos pese a sus diversidades étnicas, culturales, musicales, festivas, religiosas, políticas, al final, deben afrontar los mismos problemas y contradicciones: “o pagar tributo al imperio o pagar tributo a la patria” (1985e, 29).

Por supuesto que la reivindicación del esfuerzo internacionalista cubano debe ser real, especialmente respecto a los países de Asia, África y algunos casos específicos de América Latina. Y aunque hay una idea básica que está operando desde muy temprano en el momento del triunfo revolucionario, lo cierto es que solo con el paso del tiempo esta dimensión se va aclarando de manera mucho más decisiva. El esfuerzo internacionalista y solidario tomó diversas formas y modalidades, costó vidas, dejó heridas, pero planteó que el horizonte genuino no es por la liberación de una nación aisladamente, sino la derrota conjunta de la amenaza que conjura el ejercicio de la autodeterminación de los pueblos. La única posibilidad de que el proyecto de la liberación nacional triunfe, es erosio-

nando las condiciones que permiten la existencia de naciones poderosas en lo económico y en lo militar.

En el plano inmediatamente político la solidaridad que Cuba y buena parte del mundo ejercieron con la guerra de resistencia a la ilegal ocupación estadounidense del pueblo de Vietnam es clave para comprender el primer paso de la liberación nacional en esta tónica que hemos señalado ahora: “La heroica lucha del pueblo vietnamita ha ido creando una conciencia universal imponente, avasalladora, que ha reducido el prestigio del imperialismo a su nivel más bajo en toda su historia” (Castro, 1967, p. 30). El secreto de la liberación nacional, tal como remite esta afirmación de Fidel, no es otra que su condición universal: es un conjunto mayoritario de pueblos el que busca la independencia y la posibilidad del ejercicio soberano. Por tanto, su cualidad reside en trastocar el conjunto del aparato global de dominación, expoliación y dominio. Y es que los vietnamitas con su ejemplo, no solo lucharon por ellos, sino por todos quienes buscaban independencia y en el proceso resultaron agredidos, de manera brutal, en ese legítimo esfuerzo. No era casual, decía, que de ahí sugiera la terrible política de la “vietnamización”, que no es otra cosa que el vasallaje impuesto por el imperialismo a partir de títeres (1974c, p. 15).

Esto lo ratificó a inicios de la década de 1970, cuando evocó la importancia de la solidaridad, remitiendo nuevamente al caso del país asiático:

Nosotros sabemos apreciar y tenemos muchas razones para comprender el valor de la solidaridad, puesto que como revolucionarios nos vimos enfrentados a una tarea ardua y difícil [...] Nosotros siempre ponemos como ejemplo al pueblo de Vietnam, porque le ha dado al mundo un gran ejemplo, les ha ofrecido a todos los pueblos una gran ense-

ñanza, les ha enseñado a los imperialistas una gran lección. Nosotros creemos que en Vietnam llegaron a su más alta expresión el espíritu combativo y el heroísmo de un pueblo. (1972e, pp. 11 y 12)

Aquella no fue ni la única ni la última ocasión en que se mostrara esa mirada, a veces llamada tercermundista, a veces *tricontinentalista*, pero que en dado caso vinculaba la importancia de lo nacional en condiciones de igualdad y requisito para echar abajo el orden imperialista que segmentaba un mundo compartido en jerarquías ilegítimas.

En tanto que la solidaridad con varios países de África se verificó en las visitas que Fidel realizó en la década de 1970, en un espectro amplio de países. En uno de ellos señaló:

Quando un pueblo lucha por sus derechos y por su justa causa, lucha también por la justa causa de los demás. Los vietnamitas, en su lucha contra el imperialismo, lucharon también por nosotros. Los angolanos, en su lucha contra el imperialismo, lucharon también por nosotros. Y los cubanos, en nuestra lucha contra el imperialismo en Girón, estábamos creando también las condiciones para que un día angolanos y cubanos juntos les infligiéramos a los imperialistas un Girón africano. (1980, p. 210)

Años antes, en Guinea vinculaba las experiencias en clave evidentemente *tricontinental*: “Los revolucionarios no pensamos las mismas cosas, sentimos las mismas cosas, comprendemos las mismas cosas, lo mismo en Guinea, que en Cuba, que en Vietnam, en cualquier parte” (1972a, p. 17). La tríada mencionada no era para nada casual, Fidel la evocaba, a veces refiriéndose a Angola, a Girón y a Vietnam, como muestra de

que los *abrilés revolucionarios* eran sinónimo de un tiempo de derrota del imperialismo (1974a, p. 13).

La presencia de Fidel en África fue un fenómeno político y mediático, como lo muestra la prensa mundial que siguió detenidamente su gira, pues ningún líder latinoamericano causaba tanto revuelo con su presencia en aquel continente.⁽²⁾ Era la primera ocasión que el líder de un país caribeño irrumpía en el escenario poscolonial, eludiendo toda mediación de las viejas metrópolis y planteando, de manera directa lo que hoy se denomina diálogo Sur-Sur. Y Fidel, respondía, incentivando una mirada en la insistía en el vínculo en el tiempo: “No fue fácil la conquista colonial: fue dura, fue sangrienta. El pueblo se resistió, sufrió reveses, pero no se rindió jamás”, dijo en Guinea (1972d, p. 23). En Sierra Leona recordó

Los colonialistas cometieron un gran crimen. pero lo que tal vez jamás soñaron es que algún día esos países estarían independientes, esos países serían soberanos, esos países estarían escribiendo la misma historia y algo más: esos países de América y de África estarían hermanados no solo por los ideales, sino también por la sangre. (1972d, p. 59).

Y es que, según sus encendidos discursos de la época: “La sangre de África corre abundante por nuestras venas. Y de África, como esclavos, vinieron muchos de nuestros antecesores a esta tierra.[...] Somos hermanos de los africanos y por los africanos estamos dispuestos a luchar” (2026d, p. 31). La presencia de Africa en las palabras de Fidel es un tema que siempre debe remarcarse (Argaillot, 2016).

² Véase una resonancia contemporánea en el podcast de Marxlenin Pérez: Podcast “Nebon Babau: Fidel, creyó en los pueblos africanos”. www.youtube.com/watch?v=8xFQaLU5A44

Además de África y Asia, la presencia cubana se dejó sentir con intensidad en los casos de Nicaragua y de Granada. En ambos casos, de manera dramática ante la constante agresión norteamericana. En Granada, además de la conspiración contra Maurice Bishop, la invasión a la pequeña isla, mostraba, para Fidel, lo imperdonable que era para el imperialismo la vía independiente tomada por una nación, pese a su pequeñez numérica, territorial y militar: “matar al símbolo que significaba la Revolución granadina, pero el símbolo estaba ya muerto. Lo habían destruido los propios revolucionarios granadinos con su división y sus errores colosales” (1983b, p. 55). Fidel no solo dirigía, conducía, también aprendía y marcaba con experiencias trágicas como esta el sentido de lo que otros procesos debían evitar: la división. También en este tenor, pero con indudable marca de distancia, debe recordarse su denuncia de la invasión a Panamá que resumía la acción del poder imperial en cualquier tiempo y espacio: brutal, ilegal e injustificable (1989c, p. 5).

Esta solidaridad y ejercicio de sacrificio y ayuda por posiciones que no se encontraban calculadas de antemano por una ganancia material o económica. Como ha dicho Luis Hernández Navarro, cuando los cubanos combatieron en África no volvieron con marfil, oro o cuentas bancarias llenas de dólares, regresaron con la dignidad que entrega la solidaridad, con el “corazón satisfecho” (2026). Junto a Mandela, y el reconocimiento de la decisiva contribución cubana al fin del “apartheid”, Fidel fue enfático: “que lejos hemos llegado los esclavos”, en clara sintonía con el esfuerzo liberador de carácter tricontinental (1991d, p. 41). No cabe duda de que aquella gesta costó a Cuba, por ejemplo, los intentos sistemáticos de obligarla a negociar mejores condiciones de convivencia con Estados Unidos a cambio de retirarse de África (LeoGrande y Kornbluh, 2015). Además de ello, Fidel enfrentó consecuen-

temente la necesidad de vincular al Movimiento de Países No Alineados con el mundo del socialismo, lo cual también le llevó a enfrentar posicionamientos encontrados en aquel espacio (1975a, p. 232).

Sin embargo, es viable preguntarse ¿dónde podemos ver al Fidel que sin renunciar a la independencia de Cuba emita valoraciones sobre la condición soberana de manera compartida con otros pueblos y naciones en la búsqueda de su liberación? Esa dimensión se expresa en su vocación como líder político y constructor del Estado, cuestión que aparece menos referida. Y no, no es una contradicción aunque por el momento parezca al enunciar la idea de que la liberación nacional y la soberanía de los pueblos se verifica en la cuestión interna de un país. No lo es porque, finalmente, como él mismo reconoció, al estar tramado el mundo como una unidad, la posibilidad del ejercicio de las condiciones reales de la soberanía se verifica en el cotidiano de la vida, en el desarrollo de las capacidades productivas, técnicas y humanas. Y ello va de la mano de la coordinación y la cooperación o como mencionó en 1991 al señalar que los cubanos estaban dispuestos a derramar sangre en la “primera trinchera de la independencia y soberanía de nuestros pueblos”, por lo que era preciso “cumplir con hechos y no con palabras la voluntad de quienes soñaron un día para nuestros pueblos una gran patria común que fuese acreedora al respeto y al reconocimiento universal” (1991c, p. 4).

La aspiración de unidad y de ejercicio soberano iba acompañada, por ello, el líder político era más un constructor que un ideólogo, un organizador y un atento seguidor del día a día en la interminable tarea de asegurar la independencia. Así, Fidel puede decirse, fue un promotor incansable de pensar los grandes problemas de las sociedades a partir de la condición de la mejora de vida de la población. Pongamos algunos ejem-

plos que son reveladores de esta situación, y el aporte de Fidel en el centro de ellos, al menos en su disposición conceptual y política, mismas que dan contenido a la idea de soberanía: esta entendida no como encierro, sino como el desarrollo de capacidades humanas y técnicas para resolver los grandes dilemas de las sociedades. Lo importante entonces es que Fidel es una bandera para pensar más allá de la impronta inmediatamente ideológica la liberación nacional, es decir, contribuye su pensamiento darle un sustento a ese proyecto a partir de una resolución práctica de problemáticas concretas, colocando el mejoramiento de la vida, pero también el equilibrio y armonía de las sociedades a partir de enfrentar sus problemas.

En su discurso a los niños y jóvenes en Ciudad Libertad, en el marco de la inauguración del curso escolar, en septiembre de 1959 les dijo:

Nosotros tenemos muchas cosas que hacer y, sin embargo, no podemos hacerlas. ¿Saben por qué?, porque no tenemos personas preparadas para hacer esas cosas. Muchas cosas nos salen mal. Saben ¿por qué?, porque no tenemos personas que sepan hacer las cosas bien hechas. ¿Saben por qué no las tenemos? porque nadie se ocupó de prepararlas. (1959a, p. 10)

Tras estas palabras les insiste Fidel que la revolución en realidad no está hecha aún, que son ellos, las y los niños, con su preparación los que la harán en el futuro:

[E]l niño que no estudie no sabrá hacer las cosas bien hechas y le pasará lo que nos pasa a nosotros, que vamos a hacer algo y no nos sale bien, todo lo bien que queremos [...] si quieren ayudar a su patria, tienen que estudiar, porque

el que no sepa hacer las cosas no puede ayudar a nadie.
(1959a, p. 11).

Que Fidel consignara como etapa futura el desarrollo de la revolución es ya sintomático, pues esta no es el cambio de la ley ni la fundación de instituciones, sino la resolución de los dilemas cotidianos por parte de quienes piensan y transforman la realidad del día a día. Amén de ello, no debe desatenderse que la revolución en este sentido, tiene que ver con el aumento de las capacidades coordinadas de la sociedad, en donde la ciencia juega un papel clave: “ha entrado la Patria por el camino en que es necesario que todos nos pongamos a estudiar y nos pongamos a investigar, por el camino en que no un grupo selecto sino la juventud en masas se dedique a investigar [...]” (1960b, p. 15). La predilección por dirigirse al público infantil no cesó en 1959, sino que es una de las huellas que aún hay que seguir en su papel como líder, sobre todo con la conformación de los pioneros y las múltiples ocasiones en que se dirigió a ellos (véase Castro, 1989a).

Este énfasis en la universalidad del conocimiento y en su uso para mejorar las condiciones de vida de la sociedad, habita la práctica de Fidel. Así, muchos años después, en 1984, ante un congreso de pediatras, en donde explica los avances, problemas y resultados del sistema de salud, dice:

En el área de la salud, que abarca no solo a los niños, a las madres, sino a toda la población, nosotros nos guiamos, desde el principio, por un número de criterios fundamentales: el primero, priorizar la salud pública como uno de los servicios vitales para la sociedad humana. Además, es lo que más aprecia el pueblo. (1984a, p. 28)

De nuevo, con años de distancia al primer discurso citado, volvemos a mirar que para Fidel el problema es conectar los grandes dilemas del pueblo, sus necesidades y aspiraciones con la capacidad del Estado para enfrentarlas.

Unos años después de ese congreso de pediatras, Fidel habló en la clausura del V congreso del Sindicato de trabajadores agropecuarios y forestales el 22 de noviembre de 1991, es decir, en el periodo especial. Ahí, casi al inicio de su discurso señala que: “Hay que decir que para nosotros la cuestión alimentaria es la número uno de todo” (1991b, p. 2). El desarrollo de aquel tiempo le lleva a explicar las consecuencias de situaciones complejas, como el déficit de la producción de leche y la necesidad de su importación desde otros países. Así como la urgencia de existan condiciones para el consumo de caloría y proteínas suficientes; aquello llevaba a reflexiones sobre los hábitos de consumo, la ausencia de materiales como los fertilizantes y las dificultades que crea su escasez.

Ni que decir de la centralidad que tuvo, en las primeras décadas del ejercicio del gobierno revolucionario, el conjunto de las y los profesores. Ahí, de nuevo, estos actores del drama de la alfabetización y de la tecnificación son centrales en su presencia, pero dentro de un modelo pensado como totalidad compleja:

No solamente van a adquirir conocimientos técnicos, ustedes van a adquirir una cultura lo más amplia posible. Ustedes no solamente van a estudiar: ustedes van a trabajar, porque en el programa de la escuela hay tres horas de trabajo diario, trabajo físico. ¿Con qué? A lo mejor con un azadón, incluso; en ese caso no tendrá tantos fines productivos como fines pedagógicos. ¿Para qué? Para que ustedes sepan lo que es el trabajo, porque si ustedes van a ser técnicos y van a tener responsabilidades en el futuro, es muy

conveniente y muy necesario que ustedes sepan cómo es el trabajo y cuáles son los trabajos que pasan los hombres que pueden estar a las órdenes de ustedes, y se ha establecido eso como parte de la formación de ustedes. (1975b, p. 70)

A esto se sumaban los llamados de no hacer de los universitarios, una nueva élite, separada del trabajo, sino inmiscuida en los grandes problemas y su posible resolución (Castro, 1972c). Quizá buena parte de la clave interpretativa de esta faceta de Fidel, el que busca insistentemente aterrizar los proyectos hacia la realidad del pueblo, encuentre su secreto en las palabras que expresa en un Foro Nacional Azucarero a mitad de la década de 1960. Ahí, Fidel enuncia una tesis que articula buena parte del equilibrio entre educación y técnica, voluntad y convencimiento y es que: “un revolucionario químicamente puro es lo más costoso que pueda imaginarse, un revolucionario que no sepa de cuestiones de producción es incosteable” (1964a). Un poco antes en ese mismo año había insistido con esa idea “Cuidémonos de los marxistas-leninistas que se preocupan única y exclusivamente de las cuestiones filosóficas, porque el socialismo tiene problemas prácticos muy serios que resolver” (1965d, p. 22). Esta aseveración no es menor y refuerza el argumento que queremos sustentar aquí como la principal arista heredada por Fidel: liberar a la nación no es aislarla ni encerrarla en sí misma, sino detectar sus problemas, verificar las posibilidades de la resolución de los mismos, desarrollar las capacidades que sean necesarias para hacerlo o bien aprender de otras experiencias en donde se ha llevado su resolución con éxito. Lejos está la pura forma ideológica o política: revolución es resolver problemas y ello implica colocar los esfuerzos en dicho ejercicio, el más complejo y demandante de todos.

Es este el meollo de múltiples intervenciones, especialmente en la década de 1960, cuando hay una mirada global de los grandes problemas y dilemas de la producción, objetivo principal de sus intervenciones y en donde la defensa militar de la patria se confunde con la urgencia de la producción, por ejemplo, cuando asume que cada central azucarera es una fortaleza (Castro, 1960a, p. 37) o, incluso, cuando a los deportistas en medio de la Guerra fría se les consideraba una “tropa firme” (1988b, p. 85). En esta línea es que debe entenderse el caso de su exposición de los problemas industriales y de la insistencia en considerar que esa aspiración de aumento de la producción “no se hace en el momento que uno quiere, ni al ritmo que uno quiere” (1965c, p. 20). Este momento, inmediato posterior a la declaración socialista de la revolución y previo al proceso de institucionalización del poder revolucionario, es uno de los más interesantes en la oratoria de Fidel, pues, pese las dificultades materiales, muestra una proyección de los deseos del proyecto revolucionario y las demandas que este debe satisfacer. En el discurso ante la inauguración de la Central Guiteras, por ejemplo, tras señalar que la aspiración era la de industrializarse, se pregunta “¿Cómo puede haber industrialización sin técnica, sin técnicos?” (p. 21).

El problema de los técnicos y de la técnica, en todas las áreas de la vida cultural, política y económica, es algo reiterado en aquellos años, pero lo es no en abstracto. Ello refiere a la capacidad concreta de desarrollar las capacidades del pueblo para lograr sus objetivos, pero no de manera aislada o solipsista. La soberanía del pueblo, en Fidel, asume una forma global, a la manera de “patria es humanidad”. Por ejemplo, en un discurso memorable donde alude a la defensa de “esa bandera, ese cielo y esa tierra”; también señala la importancia del arribo de miles de libros especializados para profesionistas como los médicos, los ingenieros y los arquitectos. Señala que es

preciso estar al día de las investigaciones y los descubrimiento que la humanidad logra, pues la inteligencia humana produce algo que es de todos los pueblos. Y en el espíritu de solidaridad que caracteriza su praxis, insiste: “esa es la filosofía de nuestra Revolución: si recibimos de todos los pueblos debemos estar dispuesto a facilitarles también nuestros conocimientos a todos los pueblos” (1964c, p. 12).

Los grandes problemas que Fidel analizó partían de la escucha de especialistas y de la disposición de la información que se disponía para enfrentar el problema. Es el caso de su participación en el I Foro Energético, donde ocupa una parte sustancial de su intervención para plantear como fue en aumento el conjunto de las necesidades de energía a través del tiempo. Observaba la dificultad para los países del Tercer Mundo exportadores de petróleo y el uso y despilfarro creciente en los grandes centros capitalistas. Y lanzaba entonces una pregunta que era también una demanda por contribuir colectivamente a la resolución de los problemas que ello significaba:

¿Cómo debemos nosotros enfrentar el problema energético en el futuro? Esa es una pregunta que tenemos que hacernos todos, todo nuestro pueblo, todos los trabajadores, todos nuestros jóvenes, nuestros estudiantes. Incluso, nuestros pioneros tienen que tomar conciencia de la energía, de sus perspectivas futuras, y preguntarse cómo vamos a producir electricidad, vapor y transportaciones en el futuro. (1984b, p. 28)

Amén de ese llamado que seguiría siendo vigente más allá de la isla, es particularmente importante mirar aquellas reflexiones, que superaban el estatuto de arengas o mítines y se concentraban en analizar posibilidades. Ahí Fidel señalaba la

posibilidad de la energía nuclear, de posibles fuentes eólicas o solares; además de que señalaba lo que había significado la alianza con el mundo socialista en ese rubro específico. Insistía que había que estudiar todas las posibilidades y plantear que los recursos al ser siempre escasos, era mejor cuidarlos. E incluso señaló una crítica: “Nos hemos acostumbrado realmente a solicitar importaciones. Cada vez que vemos un problema, lo queremos resolver con importaciones; cada vez que tenemos una necesidad, la queremos resolver con importaciones” (1984b, p. 71), palabras que despejan cualquier idea de subordinación o “subsidio” de los países del ex bloque soviético. No había beneplácito en que aquella favorable relación económica se transformara en una parálisis del desarrollo de las capacidades propias.

Así, la resolución de problemas concretos, de todos los días, configuraban el sentido de las intervenciones de Fidel. Celebrando una reunión con representantes internacionales del movimiento obrero con motivo del XIII Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba, Fidel realizaba una amplia exposición entre el principio del comunismo sobre “de cada cual su capacidad, a cada cual según su necesidad”, el líder señalaba lo lejos que se estaba de ese horizonte, pues había que construir las bases materiales para realizarlo. En medio de su explicación, colocó un ejemplo: el agua gratuita que se entregaba en algunas ciudades y cómo, sin mediar conciencia revolucionaria, de pronto donde ocurría ello se daba el fenómeno del despilfarro. Llamaba a partir de ahí a insistir en esa forma de la conciencia, que implicaba: “ese espíritu solidario, esa profunda preocupación por el interés colectivo y por los intereses de la clase obrera y del pueblo” (1974b, p. 18).

Podría decirse con mucha claridad que a partir del sentimiento de solidaridad y fraternidad que él reclamaba como herencia de las revoluciones modernas, mismos que

debían dejar los ámbitos puramente locales y ser la forma de regulación del vínculo entre países, también consideraba que la autonomía de las naciones debía descansar en la capacidad que tuvieran de resolver sus problemas. Confiado en un tipo determinado de progreso, asumía que: “La independencia no es una bandera, o un himno, o un escudo; la independencia no es una cohesión de símbolo, la independencia depende del desarrollo, la independencia depende de la tecnología, dependen de la ciencia en el mundo de hoy” (2012b, p. 88). Que pensara en la posibilidad global del progreso mediante la cooperación y la coordinación, no evitaba que fuera desconfiado de las formas de utilización de la tecnología para determinados fines. Adelantando lo que hoy se llamaría la soberanía digital, alertaba del “caballo de Troya del imperio” (p. 81) que significaba el software norteamericano con el que operaban regiones importantes de la vida cotidiana de los países cuando llegó esa tecnología.

Así, es posible comenzar a delinear la problemática que amalgama todos estos problemas, pues Fidel una y otra vez insiste en la idea del futuro. Frente a los jóvenes comunistas reunidos en pleno, les dice: “pero a pesar de todo, el porvenir no se compromete” (1987b, p. 15), mientras que a los ya citados especialistas de la energía les insiste “nuestro problema es el desarrollo, nuestro problema es el futuro” (1984b); y a los médicos les insiste: “Porque hay que pensar sobre todo en el futuro, en el mañana” (1962, p. 11). Es frente a estos últimos en donde con mayor claridad se articula la noción de soberanía, con la de perspectiva del tiempo y con la función del líder político: de lo que se trató siempre en el esfuerzo titánico de Fidel fue el de construir las capacidades humanas, técnicas y materiales para enfrentar los dilemas sociales, no solo de un país pequeño frente a otros, sino de un mundo ataviado por numerosas crisis.

El de los médicos es un ejemplo particularmente difícil, porque es un sector que se alejó, en el grueso de su composición, al momento del triunfo de la Revolución, dejando a aquella nación con un déficit importante de esos cruciales especialistas, cosa que aun un par de décadas después, Fidel seguía mencionando como uno de los grandes retos. Esto en el marco de una reunión de economistas del Tercer Mundo, en donde el comandante planteó que uno de los problemas de los países era vencer la desnutrición, las enfermedades endémicas, las epidemias, la mortalidad infantil, entre otros lastres del Tercer Mundo (1982c, pp. 22 y 23). Fidel insistió frente a los médicos en la necesidad de la formación de las capacidades humanas: “¿Dónde está la verdadera y la definitiva solución del problema, dónde? Con vistas al futuro, la única, la verdadera, la definitiva solución, es la formación masiva de médicos” (1962, p. 11). La noción de futuro en Fidel, no es inocente, ni saturada alegremente de progreso, pues comprendió bien que aun cuando las potencias declaran paz entre ellas, los países del Tercer Mundo corren peligro (1988c, p. 6).

Al final, pese a todo lo que se consideraba un avance o progreso en el marco de los cambios que el gobierno revolucionario impulsaba, reconocía que una noción de futuro como a la que aspiraba solo podía realizarse si efectivamente desaparecía la sociedad dividida entre “sociedades de explotadores y explotados, de privilegiados y discriminados” (2010, p. 10). Esto, sin embargo, no era mirado con ingenuidad ni con voluntarismo: en una entrevista con Barbara Walters (1977) decía que ni siquiera las siguientes generaciones de estadounidenses verían el socialismo en su país, y al referirse a la situación de América Latina y el Caribe, con cabeza fría, asumía que: “No creemos que la revolución latinoamericana está a la vuelta del camino” (1973, p. 33)

Todos estos ejemplos de intervenciones de Fidel frente a un crisol de públicos e interpeladores, habla del contenido material y fáctico del ejercicio de soberanía, razón misma de la liberación nacional. Es por esta razón por la cual los discursos de Fidel, especialmente los dirigidos a los sectores cubanos en determinadas áreas y en foros internacionales, se encuentran llenos de reflexiones sobre la ciencia, la técnica, el financiamiento al desarrollo y aborda problemáticas totalmente asidas a los dilemas de la sociedad soberana: que pueden ir de lo que significa el cultivo intensivo o el extensivo, la investigación agrícola y forestal, las inundaciones, el pastoreo o la pesca (1991a, pp. 148-176). Todo ello, además, con una mayor refinación de la mirada ambiental, que comenzó a tener mayor centralidad, ya fuera para señalar el problema de la contaminación del agua, de los mares, de la atmósfera (p. 149), hasta llegar a una concepción de justicia ambiental vinculada a la disposición desigual del mercado mundial en un famoso discurso en Brasil en 1992 (véanse Castro 2012a, pp. 7 y 8 y Argailot, 2024).

No hay otra posibilidad de ser soberano sin construir adecuadamente un conjunto de agendas que contemplen los principales problemas de los pueblos, los retos que enfrentan estos en la ampliación de sus derechos y libertades y, aunque muchas veces con fallos, dificultades, boicots, en su realización práctica, todo esto estaba presente en la disposición de Fidel frente al mundo, especialmente en el énfasis en la educación y la salud, verdaderos ejes de su práctica como Jefe de Estado (1990c, p. 4). Entonces ¿qué Fidel encontramos cuando nos acercamos a sus planteamientos? el del constructor de soluciones, el articulador de respuestas ante desafíos concretos, el que apela al fomento de las capacidades técnicas y humanas de manera democrática y no elitista. La soberanía entonces toma fisonomía concreta en Fidel, cada intervención frente a

un técnico, un productor, un trabajador, remite a un problema concreto, a sus posibles soluciones, a los ensayos hechos y reinventados, a las dinámicas fluctuantes del mundo.

Volvemos al conjunto inicial: Fidel es nacional-revolucionario porque busca la soberanía del pueblo cubano, pero esta solo es realizable a condición de que otros pueblos ejerzan también esa condición en un gran movimiento de liberación nacional que convoque a la mayor parte de los pueblos (y por tanto, de la población) del mundo y de que al interior de esas experiencias se construyan mediaciones para la resolución de conflictos, se salden deudas sociales y se avance en la construcción de futuro en una clave cooperativa y no competitiva. Por supuesto, el cariz de la construcción del poder revolucionario es algo que remite a dimensiones institucionales y no solo a la práctica política de Fidel. Los vaivenes de este modelo, primero en un tono más carismático, luego en uno burocrático-racionalizante que generó problemas de dogmatismo y exclusión; y que ha sido criticado por la intelectualidad revolucionaria (Martínez Heredia, 2018a, pp. 314-316), para encauzarse en conjunto de procesos de reforma, prueba y error, de las vías propias.

Fidel aspiró a una construcción más amplia a la inmediatamente nacional, insertándose en el último segmento de la dialéctica histórica a partir de la confrontación entre socialismo y capitalismo. Se puede decir, como lo han sostenido críticos académicos fuera de la isla y la intelectualidad marxista dentro de ella, que desde 1970-1975 el proceso de institucionalización fue ambiguo, pues incorporó a una concepción “soviética” de la gestión de la economía y de las mediaciones que sostenían con el mundo cultural e intelectual. No habría, sin embargo, que totalizar esta dinámica que si bien existió pronto se marcó distancia, toda vez que hacia 1984, Fidel mismo realizó una crítica de esas formas de lo

que en ese momento se llamó la “gestión y la dirección” y en cuya esencia se encontraba una visión del futuro construida sobre la base de la pura abundancia material, que prescindió de los elementos de la conciencia y la educación. Fidel fue muy severo en su evaluación de la construcción del socialismo: pues calificó de “idealista” la primera fase de la revolución, a la que trataron de corregir atendiendo las recomendaciones de la experiencia socialista pre existente:

Entonces empezaron a producirse tendencias de otro tipo, yo diría errores de mercantilismo y, a veces, usando una palabra un poquito más fuerte, errores de mercanchiflismo. Algunas empresas empezaron a jugar con conceptos y categorías económicas del capitalismo como instrumento en la construcción del socialismo. Recuerdo mucho —y tal vez ustedes conozcan— cómo el Che advertía mucho con una gran preocupación de los riesgos de utilizar categorías del capitalismo en la construcción. (1988a, p. 48)

Así que la pretensión de encontrar un “soviet” en el Caribe, totalmente alineado a esa forma de concebir la realidad social es falsa.

Sin embargo, la dimensión profunda y de arraigo social y cultural del proceso revolucionario, aleja cualquier hipótesis de una “sovietización”, entendida como una colonización política o cultural, algo especialmente presente en la literatura anglosajona y sus recepcionistas latinoamericanos. El proceso de recomposición frente a una herencia que se consideraba importante y significativa, toda vez que el horizonte del siglo XX estuvo signada por la onda expansiva de la revolución de octubre, no fue fácil. La crítica de los “modelos de gestión” fue compleja y los discursos de Fidel a mediados de la década de 1980 lo atestiguan, especialmente en su denuncia

del burocratismo, la ineficiencia y la incapacidad para lograr metas específicas. Si aquel proceso se hubiera realizado en condiciones normales, no sería más que otra experiencia de un gobierno cambiando sus estrategias administrativas inmediatas, pero al tratarse de Cuba, el hecho aparece una y otra vez como excepcional, lo cual demuestra que la sobre-determinación que implica el bloqueo y la deriva bipolar de la Guerra Fría. Y es que, la insistencia de Fidel de permanecer en el campo socialista y arraigar aún más esta perspectiva en los años difíciles de la caída del bloque soviético, dando el rodeo por el nacionalismo revolucionario de cuño martiano, puede ser hoy valorada de mejor manera, especialmente en sus consecuencias de largo plazo.

Si se mira la deriva de países ex integrantes del bloque socialista —que tenían sus propias tensiones y complejidades y cuya reducción a meros satélites habría que cuestionar— como Rumanía o Hungría, la propia Rusia o los países bálticos, la situación no es nada halagadora. Fidel resistió el canto del cisne de la “transición” neoliberal toda vez que miró la posibilidad real de la disposición caótica que significaba entrar en una inserción subordinada del orden capitalista, confirmada con creces en esos países tras la caída del Muro de Berlín. En todos ellos domina hoy la debilidad económica, la dependencia financiera, la desindustrialización, una alarmante derechización, y la emergencia incontenible de gobiernos ahogados en la corrupción, elites fragmentadas y siempre divididas ante el poder económico imperial.

Por eso, cuando a Fidel se le preguntaba por el “pluripartidismo” en el tramo histórico de aquellos cambios del orden global signado por la caída del Muro de Berlín, fue enfático en insistir en la necesaria unidad del pueblo en torno al proyecto revolucionario, que en ese momento significaba no segmentar o privatizar las funciones del Estado, ni tampoco permitir el

expolio que vivían otras naciones en el continente. Es esto lo que habilita a preguntarnos por la concepción de la democracia que tenía en mente como posibilidad, así como el valor de algunos de los ensayos de formas de representación más allá del liberalismo democrático y elitista que sigue siendo la ideología dominante. Si algunos de aquellos países de Europa oriental, a miles de kilómetros de Estados Unidos se convirtieron en una segunda colonia europea como se constata el día de hoy, arrojados a la corrupción e incluso a una particular decadencia proto fascista, es legítimo preguntarse ¿qué habría sido de Cuba?. Y esto, a diferencia de la interpretación dominante, no es rasgo de “sovietización”, sino del análisis de la situación de la isla tras los ataques arteros de los primeros años de la revolución: el antiimperialismo de Fidel fue más una necesidad frente al desplante del poder imperial. Mismo que muchos años después, describió de la siguiente manera: “goloso [...] metido en todo, en la economía de los países, en la política de los países, todas las horas del día y de la noche; sus embajadores son procónsules, no discuten, no hacen diplomacia, dan órdenes [...]” (1985b, p. 21). El hecho de que Cuba no cediera, pese a la cercanía y la tensión geopolítica, como sí lo hicieron los países de Europa del Este, habla del arraigo popular del proceso revolucionario, algo que quienes sostienen la hipótesis de un “satélite”, no consideran.

En ese sentido el desafío presentado en los intentos de institucionalización del gobierno revolucionario, pese a errores cometidos, como señaló en reiteradas ocasiones el propio dirigente, al emular demasiado experiencias de otras geografías, siempre tuvieron en su médula la idea de construir un Estado democrático y, en el transcurso de todo el proceso revolucionario, el de darle contenido concreto a este concepto. Democracia fue, más que una socialización de elites, el fin de los “funestos privilegios” (1959c, p. 25) y, sobre todo,

el esfuerzo por superar esas circunstancias donde amplios grupos sociales eran arrinconadas al silencio y la exclusión de la participación. Ello trajo siempre dilemas sobre la idea de las elecciones como mecanismo único de la democracia, que desde 1959, muy lejos del estrechamiento del vínculo con el mundo socialista, ya era cuestionado por el dirigente como la única manera de ser democrático. Pronto alertó que la idea liberal de elites que se repartían el poder usando una forma específica de lo electoral no era sino una forma de frenar a la revolución (2008b, p. 134). La emergencia de otras formas de organizar el poder y la representación fueron ensayadas en las décadas siguientes, donde la educación, la movilización y la participación estaban presentes. Es justo decir, con González Casanova, que lo que ahí se ensayó, era algo más amplio:

Es un sueño del pasado, pero es un sueño que anunció una revolución nueva en la que, con otros héroes e intelectuales cubanos, tendrían también fuerte presencia Marx y Lenin, y en que al socialismo de estado, encabezado entonces por la URSS, la República Popular China y múltiples movimientos de liberación nacional, Fidel y la Revolución Cubana añadirían objetivos y valores fundamentales —martianos—, en los que no solo destaca la moral como reflexión ética, sino como moral de lucha, como arma contra la corrupción, como meta para la cooperación, la solidaridad, y la mente. Esos sueños, renovados una y otra vez, buscaron y buscan superar, en todo lo que se puede, el “individualismo”, el “consumismo”, el “sectarismo” y la “codicia”, enemigos jurados de los oprimidos y explotados de la Tierra. (2016)

El costo de aquella decisión, la de mantenerse en la vía socialista pese a la degeneración neoliberal del mundo, no fue sencillo, “el periodo especial en tiempos de paz” fue par-

ticularmente difícil y doloroso, la caída del más importante socio comercial fue un gran golpe y en las palabras del propio Fidel “nos obligó a retroceder un trecho del camino recorrido. Surgieron dolorosas desigualdades” (2001, p. 76). No porque aquel país “subsidiara” a la revolución, como dicen los adictos ideológicos al mercado mundial capitalista, dominado por grandes monopolios, sino porque con aquellas naciones se había construido una relación económicamente favorable en donde no regía el “intercambio desigual” como principio de intercambio, cuestión que no era parte de la perspectiva marxista, pero sí de una política democrática y revolucionaria que cuestionaba tanto el proteccionismo como el libre cambio impulsado desde las potencias (Quirós, 2018). La justificación del porqué se había logrado vender materias primas —especialmente azúcar— a precios beneficiosos tenía que ver con la construcción de una comunidad cooperativa y de vencer el deterioro de los términos del intercambio como una alternativa al mercado mundial capitalista, lo que Fidel explicó numerosas veces sin tapujos (véase 1998a, p. 15). Y si bien la elaboración del argumento por momentos recaía en categorías de dudosa cualidad teórica, como la de la “división socialista del trabajo”, no se trataba de un debate intelectual, sino de una punzante realidad.

Tras la caída del bloque soviético la vuelta de Fidel hacia la perspectiva martiana y al énfasis en el hecho de que el prócer cubano fundó *un partido* (“no dos, no tres, no diez”) antes que Lenin (véase Castro, 2016), con lo que remitía a la necesaria unidad del pueblo y el Estado como garantía para la sobrevivencia misma de la independencia de la nación y con ello del socialismo. Mucha agua ha corrido desde ese momento y los sucesos que hemos visto acontecer en los últimos tres lustros aguardan ser estudiados mirando todas las variables existentes, especialmente la sobredeterminante del bloqueo y

agresión extraterritorial por parte de los Estados Unidos, pero con Fidel, es posible afirmar que aquella convicción socialista se encaramó en ser la única posibilidad de mantener a la nación cubana como efectivamente independiente: “Si a Cuba regresara alguna vez el capitalismo, nuestra independencia y soberanía desaparecerían para siempre, seríamos una prolongación de Miami”, insistió a mediados de la década de 1970 (2018, p. 280). Esto está expresado en la consigna de defensa de la patria, la revolución y el socialismo, citada en las primeras páginas de este texto.

Volvamos a un discurso, a la mitad de la década de 1960, en donde Fidel tensiona la necesidad de la soberanía, pero donde persiste el proyecto futuro de su disolución en una clave patriótica, es decir, de humanidad universal:

El día en que todos los pueblos del mundo se reúnan y digan que desaparezca la soberanía sobre el espacio aéreo, nosotros decimos: que desaparezca la soberanía del espacio aéreo. Incluso, el día que todos los pueblos del mundo se reunieran y dijeran: que desaparezcan las banderas, nosotros diríamos con el mundo: desaparezcan las banderas. El día que los pueblos del mundo tuvieran una ley para todo el mundo, nosotros acataríamos esa ley. Pero mientras el concepto de soberanía exista como prerrogativa de las naciones y de los pueblos independientes, y como derecho de todos los pueblos, nosotros no aceptaremos la exclusión de nuestro pueblo de ese derecho. Mientras el mundo se rija por esos principios, mientras el mundo se rija por esos conceptos y sean los conceptos que tengan validez universal, porque son universalmente aceptados y consagrados por los pueblos, nosotros no aceptamos que se nos prive de ninguno de esos derechos, nosotros no renunciaremos a ninguno de esos derechos ¡Y por lo tanto esa bandera, y

ese cielo, y esta tierra, la defenderemos al precio que sea necesario y al costo que sea necesario! (1965b, p. 15)

No se puede negar que Fidel cumplió y con creces, aquello que sentenció durante ese discurso. Sin embargo, jamás quedó encerrado en un solipsismo propio del nacionalismo chato, como hemos tratado de mostrar, pues su concepto de soberanía era solidario, abierto y cooperativo; aunque irremediablemente defensivo frente al vecino agresor. Fidel contribuyó a configurar una noción de soberanía como algo más que un encierro en el territorio demarcado. Mostramos que tenía este concepto la cualidad de desarrollar las capacidades, técnicas, humanas, políticas y morales para resolver los problemas de la sociedad y que esto solo podía darse por medio de la cooperación entre pueblos y de la profundización de la propia conciencia del pueblo cubano. Ninguna nación es autosuficiente, ninguna puede dotarse a ella misma de todo lo necesario, pero lo que sí puede y debe hacer, es tener el derecho a elegir su camino respecto a cómo comercia, cómo coopera y cómo se organiza.

Fidel, constructor de la noción liberacionista de la soberanía, nos aleja de visiones estrechas, reductivas, empobrecidas del significado de nación. Es más, en algún momento vuelve sobre el tema, vinculado esto con su amplia adscripción política: “Nosotros como revolucionarios y como marxista-leninistas, como martianos, no podremos ser enemigos del progreso, ni del acercamiento entre los pueblos y entre las naciones” (2012b, p. 48). Esta premisa está expresada claramente en sus vínculos con la Unión Soviética, con los pueblos latinoamericanos cuando algunos de ellos rompieron su tradición de gobiernos oligárquicos y decidieron estrechar lazos con Cuba, pero también con Asia y África, en donde la

solidaridad rompió barreras y se transformó en una presencia decisiva para la liberación.

Sin embargo, como escribió un filósofo, la historia camina por su lado malo y los ataques, asedios, boicots, bloqueos, y demás agresiones siguen siendo una realidad dolorosa, que el mundo no solo no logró exorcizar, sino que se han incrementando de manera dolorosa y dramática. Por ello, de nuevo Fidel, con claridad demarcó el camino:

Defenderemos la soberanía como algo sagrado mientras haya unos muy poderosos y otros muy débiles; mientras todos no estén dispuestos a renunciar a ella en aras de una soberanía universal. Partiendo de que no hay razas superiores ni inferiores, ¿por qué somos pobres y subdesarrollados los países de América Latina y del Caribe? ¿Quiénes fueron los culpables? Tal vez los Niños Héroes de Chapultepec, los indios exterminados por millones en este hemisferio y los esclavos que murieron encadenados a lo largo de siglos, puedan responder a esas preguntas. (1999b, p. 10)

México en Fidel: diálogo de revoluciones

Cerramos la sección anterior con la referencia a los Niños Héroes de Chapultepec, figura colectiva icónica del pueblo mexicano para revestir el rechazo a la invasión norteamericana de 1847. Fidel recurrió en diversas ocasiones a su ejemplo, pues miraba en la acción mítica de su sacrificio, lo que a todas luces era evidente en el mundo: la persistente voluntad de un pueblo por mantener su independencia, afirmar su soberanía y decidir por el doloroso sacrificio antes que optar por la triste pasión de la sumisión. O como dijo en algún momento, ellos prefirieron la muerte “antes que rendirse a las hordas invasoras norteamericana” (1964b, p. 18). Más aún, frente a su monumento, hablaba de la “fortuna espiritual” que significaba para la juventud tener aquella historia entre la herencia, que, decía era inspiración y aliento para los cubanos (Bornot y otros, 1979, p. 21). Fidel nunca cosechó la pasión triste de la subordinación y en ello se juega la campaña alucinante en su contra, que se mantuvo por décadas, demonizado por medios de comunicación, objeto de burlas por parte de los medios li-

berales y sus intelectuales, pero sobre cuyos juicios la historia sin duda ha impuesto su veredicto favorable. Que pequeños y ridículos suenan hoy los pedidos de algún historiador equiparando a una figura la ignominia como Pinochet junto a Fidel e insinuando el juzgamiento de ambos. Equiparando a tan disímiles y antagónicas figuras, muestra la bancarrota moral, intelectual e ideológica de los mandarines del pensamiento neoliberal (Meyer, 2000, pp. 147 y 148).⁽¹⁾

En su vínculo con México resulta una vía de conexión de los procesos amplios de nación, revolución y solidaridad que Fidel mismo vivió en estas tierras. Es por todo sabido que Fidel guardó especial relación con tres países: Estados Unidos, España y Cuba. El primero, por ser el interlocutor de poder obligado, especialmente en el periodo de 1953 a 1959. Sus viajes a Nueva York, sus discursos en el Central Park o bien, más tarde, sus estancias en Harlem junto a Malcom X. La evocación a la figura de Lincon y la concepción de la democracia guardan un lugar especial cuando se trata de usar a los referentes del que ha decidido ser, por pura obstinación, el enemigo principal de Cuba, pese a la asimetría de la relación.

Por otro lado, España es, por obligación geográfica e histórica, otro país muy recurrente en el imaginario entregado por Fidel. El peso familiar es parte de ese entramado, que Fidel comparte con miles de cubanos. Incluso la España de Franco ha merecido en Fidel un reconocimiento por su posición frente a los Estados Unidos:

No fueron del todo malas, aun bajo el gobierno de Franco. Debo decir con toda honradez y a pesar de las grandes diferencias ideológicas, que el gobierno español en aquel

¹ Meyer se autpublicó en la recién inaugurada revista *Istor* varios textos, entre ellos este anteriormente aparecido en la prensa mexicana.

periodo se mantuvo firme frente a las presiones de Estados Unidos, para que rompiera los vínculos diplomáticos y comerciales con Cuba, y eso no ocurrió. (1985f, p. 1)

La honestidad de este planteamiento lo coloca como un dirigente de Estado, que reconoce la verdad de la diversidad de los conflictos mundiales y no lo esconde en pos de una pureza ideológica.

En ese sentido México guarda un lugar particular en el ideario de Fidel. No se trata de un peso comercial o económico significativo —como podía ser Estados Unidos— ni tampoco un vínculo sanguíneo —como España—, sino una elección propiamente política producto de la vecindad y la solidaridad. Y es que, a diferencia de Estados Unidos y España, México comparte dos elementos significativos con Cuba: ser vecino de la potencia imperialista y la necesidad imperiosa de forjar una concepción nacional-revolucionaria para poder afirmarse, en lo esencial, como un pueblo con capacidad de autodeterminación. Algo debería decirnos que en la historia latinoamericana, de las cuatro revoluciones (México, Cuba, Nicaragua, Bolivia) triunfantes, un triunvirato hiciera parte del espectro de influencia inmediata del poder imperial.

México, así, juega un papel específico en el ideario de Fidel, que va más allá de la bien conocida estadía en los años previos al Granma (Campa, 2019). La más evidente y primigenia de las evocaciones nos remite al paso de Fidel y el grupo de revolucionarios por la Ciudad de México, tras su salida del presidio. La adhesión de ciudadanas mexicanas como Martha Eugenia López quien señaló, tajante que “La actividad de Fidel nos envolvió” (2015, p. 19), o el apoyo fundamental que “El cuate” dio para que Fidel “cumpliera su palabra” (Conde, 2013, p. 159), son muy socorridas en la organización de la manera en que se ha desplegado la narración de su paso

por México. El entrenamiento en los alrededores de ciudad de México por parte de Bayo, quien además dedicó sendos poemas en aquellos años de interregno (véase Bayo, 1959) en los que decía: “Desde ese café, mi amigo/no se puede hacer la guerra/Aprende lo que te digo:/‘Fidel te espera en la Sierra’”. Además, México dio la posibilidad de conocer al Che, pero definitivamente el vínculo con este país no fue solo a partir de su breve estancia.

Si se observa el trayecto de su práctica política y de dirección ideológica, México aparece frecuentemente en el ideario de Fidel. Esta apreciación puede ser demostrada a partir de algunas de las múltiples ocasiones. Sobre los eventos en Chapultepec, Fidel evocaba esa presencia para mostrar lo que el imperialismo podía realizar y la manera en que los pueblos lo enfrentaban. Frente a la Organización de las Naciones Unidas, declaró

nosotros, al fin y al cabo, éramos un pueblo más agredido, ni el primero ni el último, porque México había sido ya agredido más de una vez, y agredido militarmente. En una guerra le arrancaron una gran parte de su territorio, y en aquella ocasión hijos heroicos de México supieron lanzarse del Castillo de Chapultepec, envueltos en la bandera mexicana, antes de rendirse, ¡esos son los Niños Héroes de México! (1983, p. 138)

Estas palabras colocaban a Cuba como un país agredido, como antes lo había hecho México, la movilización del mito le sirve para declarar las intenciones norteamericanas como propias de esa historia imperial.

Unos años más tarde, ya declarado el carácter socialista de la revolución y comprometido con una versión ideológica próxima al “marxismo-leninismo”, Fidel no rehuía a vincular

los esfuerzos de Cuba, con los de la construcción de la patria mexicana y para ello volvía sobre ese ejemplo, al tiempo que lo hacía dialogar con el drama de la República Dominicana, invadida violentamente en 1965:

Y aunque no sean comunistas, ¡nosotros saludamos a los heroicos y valerosos combatientes dominicanos como habríamos saludado a los soldados de Bolívar, o a los soldados de Sucre, o a los soldados de Juárez, aunque no fuesen comunistas! Saludamos en admiración a aquellos cadetes de Chapultepec que cuando la invasión de Estados Unidos a México, en la que le arrebató la mitad de su territorio, se negaron a rendirse y, envueltos en la bandera mexicana, se lanzaron a un sacrificio, prefiriendo la muerte a la rendición!. Aquellos cadetes no eran comunistas. (1965b, p. 17)

Este llamado era muy claro al dirimir que el gran problema del imperialismo, más que la ideología socialista, en realidad era la soberanía nacional. Y, más aún, que la idea de “patria o muerte”, en realidad ya se había realizado en aquel ejemplo heroico.

La muerte de aquellos jóvenes era acompañada de referencias a la condición de despojo que había marcado la expansión de los Estados Unidos a costa del territorio de México. En un discurso de informe sobre la visita a Etiopía, decía Fidel:

Conversando con algunos visitantes norteamericanos, les he dicho: ¿Cuál sería la actitud de su gobierno si México los invade reclamándoles por la fuerza la devolución de Texas, Nuevo México, Arizona, California y otros territorios que ustedes le arrebataron por medio de las armas en el siglo pasado, donde viven 10 millones de mexicanos? Pues bien, tiene mucho más derecho México a eso que Siad Barre para

reclamar el territorio de Ogaden, que forma parte de Etiopía hace cientos de años. (1982a, p. 240)

Así, Fidel evocaba a México en su relación con Estados Unidos como un ejemplo nefasto, toda vez que la evocación tricontinental marcaba la persistencia de formas de erosión de la soberanía mediante separatismos artificiales o forzados. El reconocimiento del derecho de México sobre aquellos es notable, toda vez que reconoce el origen espurio de su anexión.

El siglo XIX mexicano y cubano también es evocado por la figura de Benito Juárez, a la sazón, el presidente incorporado en el “Paseo de los Presidentes” en la capital cubana. En las muchas ocasiones en que Fidel refirió a dicha figura, lo equipara a las grandes tradiciones políticas libertarias del continente: “Porque Cuba lo que hace hoy es recoger la bandera de América: la bandera de Bolívar, la bandera de Sucre, de San Martín, la bandera de Juárez y de Sandino, la bandera de los hombres dignos de América” (1983c, p. 109). También evocaba del presidente indígena en su paso por la Isla:

En aquella época muchos mexicanos vinieron a Cuba, muchos destacados mexicanos vinieron a Cuba, estuvieron exiliados en Cuba. Bueno, nos honra mucho que Juárez haya estado aquí, porque Juárez es una de las figuras más ilustres de la historia de México, y también nos vincula lo que ella recordó, la presencia de Martí, las actividades de Martí en México que tanto apreciamos los cubanos. (1998b, p. 9)

En sentido contrario, y contrastando con ese llamado, en otro momento, tras el advenimiento del neoliberalismo, reflexionaba a partir de estos mismos personajes y la pulverización de las fuerzas latinoamericanas: “Estoy seguro de que

Martí, Bolívar, Juárez, y otros se quedarían horrorizados con el espectáculo que hoy se observa en muchos de nuestros países latinoamericanos, la desorganización, la división, el caos” (1991e, p. 44). En esa misma entrevista, y tras la noticia de las nuevas condiciones de negociación que involucrarían el libre comercio entre los tres países al norte del continente, la periodista en turno le pregunta a Fidel sobre su opinión. La respuesta muestra al Fidel es en clave latinoamericanista:

Las relaciones se han mantenido amistosas y cordiales, realmente, en primer lugar, porque nosotros estamos en la obligación de respetar lo que hagan los demás. Tú comprenderás que si México quiere hacer un tratado de libre comercio con Estados Unidos y cualquier otra medida de ese tipo, nosotros tenemos que respetarla. No formamos parte desgraciadamente de un mismo Estado, no formamos parte de un Estado multinacional que nos diera derecho a opinar, no formamos una sola nación: y en el mundo de hoy —y más que nunca— el principio del respeto a la soberanía de los países es sagrado, el respeto al derecho ajeno es sagrado. No te olvides de lo que dijo Juárez, que el respeto al derecho ajeno era la paz. (1991e, p. 119)

Sin embargo, fue la revolución mexicana la que contribuyó de mejor manera a posicionar a Fidel respecto a México. Durante su estancia en México, mandó una carta donde unificó el siglo XIX mexicano-cubano, cuyas evocaciones continentales y latinoamericanistas de Fidel, muestran la pertinencia del estudio y proyección de las nacientes repúblicas, de la necesidad de conservar independencia pero también de converger en la unión. Es decir, restaurar y remozar la idea de la unidad, no pese a las diferencias, sino a partir de ellas potenciando

una mejor capacidad. El panorama, por momento avasallador, insta a Fidel a declarar a inicios de la década de 1990:

Realmente, si nuestros libertadores tuvieron una tarea gigantesca, si la tuvieron Sucre, Bolívar, O'Higgins, San Martín, todos los que ustedes mencionaron, y Juárez, Morelos e Hidalgo yo digo que nosotros tenemos una tarea ahora mucho más difícil; casi siente uno envidia de los obstáculos que tenían delante nuestros antepasados para luchar por el destino de nuestros pueblos. Ahora la tarea es más difícil y es más compleja. (1990a, p. 107)

También señalaba el cubano, la gran gesta nacional-revolucionaria de 1910:

En estos momentos, en que se vislumbra ya el ocaso de una tiranía, en que estamos a punto de detener los cauces de luto y de sangre vertidos sobre el corazón mismo de la Patria por una dictadura desenfrenada, evocamos a México. México, hermano en hombres de idénticas proyecciones patrióticas y humanas: Juárez y Martí. Hermano en lutos, en sentimientos y en las manos campesinas, obreras e intelectuales que han tenido que dejar el arado, el yunque y la pluma, para empuñar las armas en defensa de la libertad y de la dignidad ciudadanas. ¡Revolución mexicana, la Revolución de Cuba te saluda, evoca tu obra, se inspira en tus triunfos y emula tu ejemplo! (Franqui, 1976, p. 398)

Pueblos revolucionarios, eran México y Cuba y esto es lo que los une, además de la cercanía. Pues, que dos revoluciones sucedieran en la vecindad con los Estados Unidos obligaba a pensar sus características, sus temporalidad y derivas. La primera de ellas, era calificada por el líder cubano como una en

donde “México tuvo su Revolución, su Revolución Nacional Liberadora. México nacionalizó los pozos de petróleo norteamericanos” (1964b, pp. 18 y 19), sentenció a mediados de la década de 1960, en lo que fue una de las pocas ocasiones en las que conceptualizó el hecho, al tiempo que permitía conectar los distintos vínculos.

Pero Fidel hizo más que designarla en lo general, cuando tuvo oportunidad volvió sobre el tema, aunque en un plano mucho más inmediato:

Por lo general, esas capas intelectuales dotan a los procesos revolucionarios de la teoría, aunque sean revoluciones de campesinos y de obreros. En la propia Revolución Mexicana, ustedes tienen el caso de Madero, por ejemplo. Madero tenía una preparación. Tuvieron los teóricos y tuvieron también los caudillos, ustedes tuvieron los dos tipos de jefe en la Revolución Mexicana. (1991e, p. 148) Se refería Fidel aquí a esa capacidad táctica y a la política, a la mirada de amplio espectro y a quien fungía como jefe militar y al detonador político intelectual de un gran programa de reformas.

Esta cualidad de Fidel de mirar el acto revolucionario en sus múltiples dimensiones, se expresó en varios momentos, por ejemplo, en la entrevista con el periódico *Excélsior* volvió sobre el tema, demostrando su interés por las cuestiones militantes y técnicas:

Por cierto que durante mi estancia en México, busqué con avidez la literatura de la revolución mexicana y, en especial, de sus acciones militares. En aquella época recuerdo que apareció un libro muy voluminoso sobre Pancho Villa, sus campañas, sus combates; otros libros también sobre

Obregón, la batalla de Celaya la leí con particular interés. (1985a, p. 9)

Y continuó en ese mismo intercambio con el periodista:

Zapata es un símbolo en América Latina por su origen campesino y sus luchas agrarias. Pancho Villa es sin duda una personalidad extraordinaria, por su origen tan humilde y su capacidad de desarrollarse como un jefe competente de una gran astucia, de un gran talento a pesar de que no tenía siquiera una preparación cultural; sin duda un hombre de extraordinaria inteligencia y realmente un jefe brillante. Creo que se le ha calumniado a Pancho Villa, en mi opinión. Algunos muchas veces han tratado de hablar de Pancho Villa, que si era bandido, que si tenía tales características. A mí me parece una opinión absolutamente reaccionaria. Yo creo que Pancho Villa no fue un teórico de la revolución, pero fue un gran soldado de la revolución, un gran jefe, un gran combatiente; de origen muy popular, no se le podía pedir, digamos, lo que se le podría exigir, si se quiere, a un graduado universitario. Muy humilde, de poca cultura, de poca preparación teórica, pero de una gran intuición, un gran instinto, una gran inteligencia. No salió de las academias, porque al fin y al cabo otros grandes jefes no salieron de academias militares. La América Latina ha dado muchos jefes. (p. 12)

Es claro que la gesta revolucionaria mexicana interpela a Fidel a partir de su parte más visible: la militar. Sobre ella se refirió de manera particular y es que, al final, fue un evento compartido entre las dos naciones. No así con otras geografías también insurgentes, dónde el peso de lo militar no aparece tan claramente señalado. En lo que sí podía encontrarse

una trágica coincidencia era en el peso del hegemon norteamericano, que jugaba sucio para contrarrestar las energías revolucionarias, difamar los procesos y boicotear sus logros. Fidel engarzó varios procesos donde existió una actitud similar: “Eso lo hicieron también contra la revolución de Árbenz; en su época lo hicieron contra la revolución mexicana, en la época de Lázaro Cárdenas decían horrores de la revolución, porque nacionalizó el petróleo; después lo han hecho contra la revolución sandinista” (1988, p. 107).

Y es justo esta referencia al general Lázaro Cárdenas la que resulta muy importante, pues habilitó una relación política, geográfica y temporal entre proyectos revolucionarios. Más que su estabilización y osificación, el vínculo con Cárdenas evoca la clave nacional-popular del proceso mexicano, en donde la soberanía popular y sus mecanismos de participación era el prerrequisito para lograr mayores márgenes de soberanía nacional.

El propio Fidel refirió a mediados de la década de 1980 sobre la figura del michoacano:

Si vamos después a un periodo posterior, surge en la época posbélica un hombre que había sido también combatiente de la revolución y que emerge de las filas más humildes del pueblo como soldado y como jefe, Lázaro Cárdenas. Pero ya en Lázaro Cárdenas se juntó el revolucionario, el pensador, el estadista, el hombre progresista y muy avanzado. (1985a, p. 13).

Esta cualidad de jefe político, pero también de personalidad al frente de la construcción política-estatal, es algo que comparten tanto Fidel como Cárdenas. Los procesos revolucionarios no siempre gestan las posibilidades de que esta unidad acontezca, pero la situación mexicana y la cubana

lo hicieron y, además, su breve presencia coincidente en el tiempo habilitó una continuidad de procesos, proyectos y aspiraciones.

Sobre Cárdenas y su presencia en la vida política de México, pero también de su indudable influencia regional, Fidel cavilaba:

¿En qué país podíamos encontrar un Lázaro Cárdenas? Y no es que habíamos pensado que algún día necesitaríamos su ayuda, pero cuando surgieron dificultades e hizo falta ayuda, nos encontramos un Lázaro Cárdenas que nos ayudó. México es una excepción también en eso. El único país donde un cubano o grupo de cubanos, de los que lucharon por la independencia, o lucharon contra la tiranía de Machado, o lucharon contra la tiranía de Batista, encontraron siempre asilo. (1985a, p. 60)

El espacio mexicano, tan cargado en sus horizontes por la vía revolucionaria de lograr las conquistas, habilitaba espacios que los cubanos habían encontrado, como se sabe, desde mucho tiempo atrás.

Dentro del universo que significan las alocuciones de Fidel, la más constante respecto a México es la posición de este frente a las agresiones de los primeros años, cuando buena parte de los Estados del continente cortaron vínculos diplomáticos, comerciales y políticos con la revolución emergente. La actitud vasalla de las elites latinoamericanas, permitía que el caso mexicano fuera destacable, toda vez que no siguió aquel mismo camino. Por eso, alusiones como aquella cuando señaló que: “Cuando triunfó la Revolución Cubana, el imperialismo yanqui presionó a todos los gobiernos de América Latina, y todos, con la excepción de México, rompieron relaciones diplomáticas con Cuba”. Este tipo de menciones eran

constantes en el tiempo. La continuidad de vínculos políticos y diplomáticos significaba muchas cosas. Quizá la más importante, el reconocimiento político de la legitimidad de la Revolución cubana. Si en la historia hay más detalles, donde la vigilancia o el espionaje actúan, esto no invalidará el hecho de que se privilegia la posición de la autodeterminación.

Esto es importante puesto que cuando se alude al vínculo entre los numerosos grupos revolucionarios latinoamericanos y Cuba, se advierte que aquello no ocurrió con México. La explicación no remite a ninguna trama conspirativa, ni a un cálculo egoísta, sino al simple hecho de que Cuba y Fidel, actuaban con la misma dignidad que México les otorgaba. Por ejemplo, mucho antes de que apareciera el llamado “movimiento armado socialista”, en la década de 1970, Fidel marcaba el tono de su vínculo con el país vecino:

A México, al Gobierno de México —que ha mantenido la posición, es decir, más firme— nosotros podemos decirle que el Gobierno de México nos inspira respeto, que con el Gobierno de México estamos dispuestos a conversar y discutir. Y con el Gobierno de México estamos dispuestos a comprometernos, a mantener una política sometida a normas, normas inviolables de respeto a la soberanía de cada país, y de no inmiscuirnos en los asuntos internos de ningún país, si los demás países están dispuestos a vivir de la misma forma [...] (1964b, pp. 18 y 19)

Años después, un periodista brasileño volvió a hablar sobre el tema:

Nuestra política es la siguiente: a los Estados que estén dispuestos a respetar las leyes internacionales y la soberanía de nuestro país, les aplicaremos los mismos principios, y

México es una demostración de eso. A pesar de tener gobiernos diferentes, México no puede decir que hayamos apoyado movimientos revolucionarios dentro de su territorio. (Morais, 1978, pp. 147 y 148)

En la relación entre estados se impone tanto la racionalidad como los principios y la manera en que Fidel asumió esto de manera clara y directa. Además de ello, cuando había oportunidad, reconocía el papel de México en la guerra civil centro-americana (véase 1985d, p. 15). Por supuesto no fue solo en la política en donde el líder popular y revolucionario mostró su afinidad con México. Episodios culturales diversos aparecen a la manera de una gran constelación. Por ejemplo, en su entrevista con Tomás Borge habla de cuestiones espirituales: “Es difícil encontrar un pueblo más religioso que el azteca o que el maya. Llenaron a México de pirámides, de construcciones religiosas, de modo que cuando usted pregunta: ¿y esta gran pirámide y esta gran obra que hicieron?, todo tenía un fin religioso” (Betto, 1986, p. 212). Esto es remarcable, toda vez que existe una complejidad en el vínculo entre Fidel y la religión, pero no deja de mostrarla como un factor de identidad.

Otro momento, más lúdico, es cuando se refiere a la figura de Mario Moreno “Cantinflas”:

pasa como con las películas de Cantinflas, cada dos o tres años puedo verlas y me parecen nuevas. Como las películas de Cantinflas no tienen argumento, sino que es un personaje que no puede haber sido más simpático, entonces las vuelvo a ver, y la forma de hablar, la cantidad de disparates que dice, me hacen reír. Una película de Cantinflas la puedo haber visto más de una vez y al cabo de tres años la vuelvo a ver. (Borge, 1992, p. 177)

Estas son algunas de las acepciones de Fidel sobre México, su presencia es muy clara.

Vale la pena, sin embargo, referir quizá a la más sentida de ellas es cuando de visita por Ecuador y México ofrece sendas conferencias de prensa. En ellas es donde se expresa con mayor emotividad. En aquella ocasión Fidel refirió a los cambios en el país, al crecimiento de su ciudad, de su población y en general tendió a señalar el alto prestigio de México en el mundo por su política internacional. También incluyó el tema de la producción y tráfico de drogas, del que alertó podía llevar a la “anarquía social” que ponía en riesgo a los estados del continente. Pero aclaró que “El problema de la droga no es un invento latinoamericano, el problema de la droga es un invento de la sociedad de consumo imperial” La parte más emotiva y significativa para el puente que pretendemos fortalecer con estas páginas es cuando denomina a México la casa común latinoamericana. Nos permitimos citarlo en extenso:

Y por eso agradecí la invitación de venir a México, país con el que tenemos especiales relaciones. No sé si será una frase socorrida, pero para los cubanos México es como una segunda patria, ¡así hemos considerado a México!

No es una frase, lo han demostrado los hechos, en todas las épocas de nuestra historia. Martí vino para México en la época de la colonia y muchos cubanos vinieron aquí a luchar, en las épocas difíciles de nuestra Patria, cuando la tiranía machadista muchos cubanos vinieron aquí a México y se organizaron y lucharon. Nosotros mismos, cuando vino el golpe militar de Batista y cuando la lucha se hizo imposible, viajamos también a México y aquí tuvimos hospitalidad y albergue, nos creímos que México era una cosa nuestra y que teníamos derecho aquí en México a trabajar

por Cuba. Y no han sido solo los cubanos, todos los latinoamericanos lo han hecho. Porque cuando los uruguayos tuvieron problemas muy serios vinieron para acá, para México, y cuando los argentinos tuvieron problemas muy serios vinieron para acá para México y cuando el golpe de Estado de Pinochet y la represión feroz y las desapariciones y los crímenes en Chile tuvieron lugar, cientos, miles de chilenos vinieron para aquí, para México, y lo mismo hicieron los patriotas nicaragüenses y de otros muchos países. Cuando nosotros estuvimos aquí vimos latinos de todas partes, de todos los países donde quiera que había tiranía o gobiernos represivos, de allí salía mucha gente para aquí, porque veían a México como una cosa común y el lugar más seguro que encontraron a lo largo de todos estos años. Fue nuestra casa común, ¡México! (1988a, p. 51).

Un capítulo aparte para el estudio de las relaciones de Fidel con México, lo constituye la prensa, las revistas y los diarios de viaje. Fidel no fue un desconocido entre las publicaciones mexicanas; pues desde antes de 1959 se le leía en ejemplares de *Humanismo*, revista dirigida por Raúl Roa (véase Castro, 1958). Por supuesto que, tras el triunfo revolucionario, su nombre también se expandió por diversas publicaciones. Así, por ejemplo, la *Revista de la Universidad de México*, dejó constancia del impacto de la misma con su número de marzo de 1959 en donde un joven Fidel aparece en portada y se acompaña aquello de relatos, fragmentos de discursos, reseñas sobre Raúl y la nueva situación e incluso unas páginas de *La historia me absolverá*, que en ese momento no se había publicado en México. Aquel número se acompañó de fragmentos de sus discursos, también de un texto de Raúl Castro. Sin un sentido político militante en su trayectoria,

el escritor Jaime García Terrez también dejó testimonio del instante revolucionario en aquellas páginas:

Es obvia la unanimidad de la opinión en torno a Fidel Castro. Quien con más, quien con menos entusiasmo, todos los cubanos que he conocido —desde los choferes de taxi hasta los bien vestidos parroquianos del restaurante La Zaragozana, pasando por los dependientes de las casas de comercio, los voceadores de periódicos, el público de los cines, los meseros de los bares y la guapa muchacha que me vende cigarrillos en un expendio de la calle 23—, todos sin excepción aplauden lo que Fidel significa, declaran su simpatía por la revolución; y todos también se ensombrecen al hablar de las atrocidades de Batista. (García, 1959, p. 46)

La prensa comunista, en su momento, dio cabida a sus discursos, ya fuera en *La Voz de México* o en *Oposición*. Pero fue la izquierda nacional-popular la que tuvo mejor relación con él líder así, por ejemplo podemos ver numerosos discursos aparecidos en *Estrategia*, publicada desde 1975 por antiguos militantes del Movimiento de Liberación Nacional. De este grupo además encontramos en editorial Nuestro Tiempo numerosas publicaciones o compilaciones dedicada a Fidel; otras editoriales de la época como Era, Siglo XXI o Diógenes, publicaron los discursos del comandante. Entre las revistas marxistas, también estuvo presente, como fue el caso de la emblemática *Historia y Sociedad* (ligada al PCM) o la renovadora *Cuadernos Políticos*, dejaron constancia de la presencia de los escritos de Fidel y de Raúl. La incidencia de Fidel y de las disputas culturales también se dejó sentir en Arnaldo Orfila y Laurette Séjourné, animadores de la editorial Siglo XXI, quienes recibieron con beneplácito el texto de Julio Cortázar beneplácito la *Policrítica a la hora de los chacales*, donde el

escritor decía “Tienes razón, Fidel, solo en la brieda hay derecho al descontento” (Coll, 2025, p. 260).

Un capítulo especial de ese vínculo entre Fidel y México lo ocupa la revista *Política*, que apareció quincenalmente entre 1960 y 1967 y en la que el caso cubano era sin duda el eje central de la propuesta revolucionaria. No solo discursos y declaraciones suyas pasaron por sus páginas, sino también encendidas defensas de la isla. El Fidel de política es todo un capítulo de la dimensión iconológica, de su representación política y su presencia constante. En aquella época el dibujante Eduardo del Río mejor conocido como Rius, era un afecto por presentar a Fidel como el ícono de los revolucionarios. Además de este ejemplo, otras publicaciones de gran impacto sostuvieron un vínculo de solidaridad con Cuba y especial afección a Fidel, como es su relación con el periodista Mario Menéndez que entre las décadas de 1970 y 1980 promovió las revistas *Por Qué?* y *Por esto!* donde Fidel suele ser protagonista, aún se podría decir mucho de la presencia del cubano en esas páginas, en un ejercicio similar al que ya se realizó con la estadounidense *Life* (Corona, 2014).

Entre los diarios de viaje o testimonios de la presencia existe también un gran caudal, desde la admiración juvenil del escritor José Agustín al conocer a Fidel durante las campañas de alfabetización (Ramírez, 2011), hasta los producidos por plumas consagradas y respetadas por el mundo cultural local. Es el caso de Fernando Benítez, que inauguró con *La batalla de Cuba* la editorial Era, que a la postre se volverá famosa por sus ediciones, retrataba al líder cubano de la siguiente forma: “Fidel Castro es el centro del remolino” (1960, p. 25), en alusión a cómo su carisma bloqueaba la insuficiencia organizativa tras la caída del gobierno de Batista. Escuchándolo, afirmaba el legendario periodista mexicano “Sorprenden también su formación cultural y su madurez política” (p. 26). Al compás

de reflexiones sobre sus orígenes, remataba diciendo “La vida de Fidel Castro es de una intensidad conmovedora”; pero lo que más le impactó fue su presencia pública.

Tanto Arguedas como Benítez, ambos viajeros vinculan la figura del general Lázaro Cárdenas con la de Fidel. La escritora mexicana, reflexionó una comparación que resulta interesante con el paso de los años:

Yo me pregunto: ¿Les llegaría tan directamente y tan hondo a los cubanos las palabras de Fidel si les hablase con la mesura, la emoción contenida, los rodeos del pensamiento y el gesto sobriamente restringido de Lázaro Cárdenas? Y si Lázaro Cárdenas les hablara a los mexicanos con la lógica simplista, el máximo de palabras y llamando a las cosas por su verdadero nombre, sin elegantes eufemismos, a la manera de Fidel Castro, ¿correrían los mexicanos a profundizar su Revolución con la prisa con que están construyendo la suya los cubanos?”

En tanto que Benítez, que pasa un día entero con Fidel y observa como se adelante a la comitiva para entregar a los campesinos los títulos de propiedad de la reforma agraria, evoca la década de 1930 con la reforma agraria mexicana: “La escena me recuerda —pasado visto hoy como distante porvenir— los días de Lázaro Cárdenas” (Benítez, 1960, p. 88). Arguedas va más lejos, cuando escribe “Desaparece el Fidel Castro de carne y hueso y se yergue la leyenda. Como en el mito nuestro de Quetzalcoatl, hombres barbudos bajaron de las montañas para traer a las naciones la paz y la justicia” (1962, p. 71). Otro que dejó una reflexión interesante fue el periodista Mario Menéndez, que fue invitado a Cuba por el propio Fidel. Describió él:

¿Cómo explicar lo que un periodista siente al escuchar a siete mil jóvenes, cuya edad promedio es 15 años, gritar a voz en cuello, al unísono, de manera espontánea: «¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!»? Aquello era un pandemonium de alegría. Yo sentía que las lágrimas se me escapaban. El viento llevaba el nombre de Fidel hacia unas rocas cercanas, que devolvían el eco. Cerca de cinco mil muchachas, agarradas de las manos, entonaban cantos: “Fidel, Fidel, estamos dispuestas a ir a cualquier lugar [...]”

Aquel cuadro expresaba vivamente la plena solidaridad de la juventud cubana con el Primer Ministro Fidel Castro, con la Revolución. Allí comprendí el porqué de los discursos largos, discursos que en realidad no lo son en el estricto sentido de la palabra, sino que más bien podrían calificarse de diálogos. Sí, son diálogos entre el dirigente que más desea convencer a su pueblo por la razón y la fuerza de la meditación que por la fe. Fidel ha enseñado al pueblo cubano a pensar sobre el porqué, el cuándo, el cómo, el para qué de cualquier medida adoptada por el gobierno revolucionario; sus esfuerzos están dirigidos a enseñar al pueblo a pensar y, no a creer, a que llegue a determinadas conclusiones por el camino del razonamiento. (1966, p. 43)

El impacto de la Revolución cubana y de Fidel fue hondo en la izquierda mexicana, como lo fue en todas las del mundo. Algunas referencias significativas son las que ha recogido Luis Hernández Navarro, cuando refiere al movimiento magisterial “La figura de Fidel Castro entonces, pero también ahora —le dijo al escritor Carlos Monsiváis en una charla realizada el 11 de mayo de 1993— nos parecía que tocaba el cielo, y por el pueblo cubano y su revolución nos cuadrábamos” (Hernández, 2009). No debe olvidarse tampoco lo que generó la ayuda

y presencia del general Cárdenas en los años de la invasión a Playa Girón. En general, el vínculo con Cárdenas y Cuba está bien documentado (véase Gutiérrez, 1995). A ello hay que sumar a los mexicanos que se sumaron entusiastamente a la construcción socialista, como Juan F. Noyola (economista) o Enrique Cabrera (médico), y quienes vieron terminar su vida en Cuba, al servicio de la causa más importante de su vida.

La influencia de Fidel, de Cuba y su revolución también impactó en el momento más dramático de la segunda mitad del siglo XX, que fue el movimiento estudiantil de 1968. Y es que, una acción policiaca ocurrida el 22 de julio de ese año, se encontró con la casualidad de ser repetida el 26 de julio, momento en donde la manifestación pro Cuba, especialmente conformada por el Partido Comunista Mexicano, encontró a la policía, saltando ahí hacia el principal movimiento político del momento. De alguna u otra manera el evento que marcó el inicio de la democratización de la vida mexicana tuvo que ver con Cuba, pues el 26 de julio escaló la acción represiva del gobierno mexicano, los comunistas fueron apresados y su periódico destruido.

De la trinchera de las ideas a la batalla por la liberación

Existe una copiosa y muy importante bibliografía sobre Fidel, esta crece cada año y mejora en su calidad. Numerosos textos permiten mirar a este “hombre-historia”, en sus múltiples cualidades, ya como líder, ya como dirigente, ya como organizador, ya como figura aglutinadora. De la producción contemporánea hecha en la isla, destacamos a Yunet López (2023) y su trabajo sobre las formas del gobierno en la concepción de Fidel. También *Como una espada reluciente* que aborda la presencia en la provincia de Holguín y expresa bien las miradas desde lo local cubano (Guerra y Rodríguez, 2016). La cuestión del liderazgo y la manera en que se tramó el mismo ocupa importantes de esa bibliografía (Montero, 2018). Otros han pensado la dificultad de asimilar una obra tan grande y variada de una manera aún inicial (Plá, 2019). Los aportes sobre su papel en la ganadería, por ejemplo, son de los más originales (Funes, 2017). Está también la cuestión pedagógica, que ha sido una de las más referidas junto a las de la dimensión científica tecnológica (Miranda, 2005 y Alda-

ma y Casañas, 2018). La compilación de Ana Cairo Ballester (2019) en dos tomos, sobre la personalidad de Fidel, reuniendo tanto balances de contemporáneos como los efectos culturales —poéticos y musicales— resultan de un valor documental indudable. Después vienen en los últimos años numerosas aproximaciones cubanas sobre el deporte, la medicina, y la ciencia. Citar toda ella demandaría varias páginas.

Aunque de un número más reducido, existen aportes sugerentes. Desde aquellos que han pensado en clave nacional el aporte de Fidel hasta la compilación *¡Yo soy Fidel!*, que reúne importantes aportes desde distintos países. Por donde se le vea, es preciso señalar que nos encontramos en un proceso de maduración de las reflexiones sobre Fidel. A ello debemos sumar, por supuesto, los monográficos de *Casa de las Américas* o de *Temas*, que han dejado una impronta en la manera en que pensamos el papel del comandante histórico de la revolución. Además es pertinente recordar trabajos colectivos hechos en Puerto Rico (Pérez, 2016), o la interpretación de su “pensamiento político” realizado desde Guadalajara, México (de Cházaro, 2001), de gran relevancia pese a su escasa difusión; además de aproximaciones hechas en otras latitudes y publicadas en español (Beddal, Mous y Maure, 2024). Por supuesto que en inglés también han aparecido, tanto en la lejanía como en la cercanía el tiempo, aportes sugerentes especialmente porque miran fenómenos más abarcadores (Liss, 1994), algo que sucede menos con los trabajos en español, aunque también existe un valioso material con esta mirada (Álvarez y González, 2020).

En estas páginas no agotamos, ni de cerca, todas las temáticas que ameritaría una biografía político-intelectual del Comandante en Jefe. Sólo por enumerar algunos de los principales faltantes que asumimos como una tarea futura: su posicionamiento frente al racismo y la exclusión de las

mujeres de la vida pública y laboral; el discurso a los intelectuales y la mirada sobre a la cultura, esa que Abel Prieto recordó era “espada y escudo” (2022, p. 15); las implicaciones de la “ofensiva revolucionaria” de 1968 frente al espejo del “gran debate” sostenido entre economistas marxistas de diversa tendencia;⁽¹⁾ su visión sobre el papel de la técnica y la libertad; la transformación de la concepción de la religión en el proceso revolucionario; su mirada de la Revolución cubana como una sola revolución; la conceptualización del no pago de la deuda en la década de 1980; la tensión entre Estado y mercado en el advenimiento del neoliberalismo y el proceso de “rectificación de errores” y las disputas en torno al mercado;⁽²⁾ la mirada crítica de la globalización en la década de 1990; su posicionamiento frente a la mínima apertura de Obama. Por supuesto, la cuestión ecológica que ha sido más trabajada por distintos estudiosos, ante la gravedad y urgencia del tema. Existen insumos varios para desarrollar con mayor plenitud esta temática, entre ellos textos lúcidos como el de John Saxe-Fernández (2017), quien problematizó la candente denuncia de Fidel en Río de Janeiro en 1992 sobre la cuestión ecológica y el capitalismo. Esto es especialmente importante por la posibilidad real de que las islas queden sepultadas “por las aguas de forma parcial o total debido al cambio del clima” (Castro, 2004, p. 9), aun cuando su consumo es abismalmente inferior, tal como lo señaló el propio líder revolucionario.

Por nuestra parte, asumimos que la parcialidad que hemos concentrado tiene que ver con la *dialéctica de la soberanía* en el pensamiento de Fidel, expresando también algunas de las veredas del impacto de su práctica y el efecto que tuvo esta en el escenario de confrontación mundial. Especialmente, lo que

¹ En esto hay que seguir el importante trabajo de Hernández, 2009.

² Algo de eso adelantó, desde una mirada marxista Zendejas, 2023, pp. 87-89.

toca a los componentes de un proceso de liberación nacional, desarrollados en la centuria anterior y que si bien cambiarán de fisonomía hacia el futuro en algunos de los énfasis colocados al papel del Estado y el mercado, no dejan de ser parte de los debates contemporáneos y futuros. Es este el registro principal y el que más nos interesa, no porque sea, de facto, el eje central, sino porque se trata del más acuciante en nuestro tiempo. Y lo es, también por la peculiar situación geopolítica, que demarcó la presencia estadounidense de una forma mucho más radical que en la época neoliberal.

Fidel construyó con el tiempo mismo que le habilitó su papel como dirigente la conceptualización más acabada sobre los procesos de liberación nacional, entendido como emergencia de grandes alianzas, que se transformaban en ejercicio de gobierno y en la proyección de las principales directrices hacia el futuro. Y esto es lo que le diferencia de manera vital con otras figuras, hombres y mujeres, que han dejado la vida en la búsqueda de la libertad y la igualdad: su obra política es la de construcción de un Estado y un gobierno que buscaba hacer realidad, pese a todas las dificultades, la gran aspiración de la independencia. No, como decía él mismo, como bandera o consigna, sino como materialidad.

Así, Fidel es en buena medida constructor de la razón de la soberanía de los pueblos, en donde las naciones y los Estados juegan, en el periodo capitalista, un papel, pero que él vislumbró siempre como transitorio y ahí es donde entra su particular lectura de Lenin como un “globalista” (2006, p. 79). La verdadera soberanía de los pueblos no debía recaer por entero ni todo el tiempo en las figuras temporales de los Estados-nación y ello era así porque, el ejercicio real de la soberanía de los pueblos afirma la necesaria cooperación entre ellos, la coordinación de las capacidades intelectuales, productivas, es decir, de la imaginación misma como un bien

común: “Soñamos con un mundo que no esté regido por una falsa monocultura universal, sino con un mundo donde suscitan y se desarrollen todas las culturas; un mundo donde subsistan y se desarrollen todos los idiomas, aunque inventemos algunos, o utilicemos algunos o confiscemos algunos si hace falta [...]” (1999b, p. 102), decía al final el siglo XX.

Esta visión de la soberanía rebasa fronteras, instituciones y coloca en el ojo del huracán lo que vuelve efectivamente soberanos a los pueblos, comunidades, territorios, grupos sociales: la cooperación humana en el trabajo creativo, para satisfacer las necesidades concretas y específicas de cada espacio y tiempo. Coloca, igualmente, la centralidad de las capacidades intelectuales: sin soberanía no hay cultura dijo Fidel en el hasta entonces más duro embate contra esa noción por parte de los grandes poderes económicos (1999a, p. 5).

Fidel, sin embargo, fue más que ello, en tanto partisano, tuvo que construir un Estado para poder recuperar lo que el capital había expropiado al pueblo cubano. Y desde esa condición de independencia política habilitó la promoción de la igualdad entre los pueblos, insistir que el poderío militar o el tamaño de una economía no otorgaban derechos, tal como lo arrojaban las potencias imperialistas (2026b, p. 173). De ahí la actualidad de las *declaraciones de La Habana*, que colocaban en el centro que si un país era agredido y esa acción solapada por lacayos, todos los países podrían serlo en un futuro.

El espíritu de su intervención en el campo de la liberación nacional fue material al apoyar a pueblos que lo solicitaron, a movimientos revolucionarios y también de tipo conceptual o intelectual, al brindar la arquitectura fundamental para hacer factible aquello que fue el eje principal de su alocución en la ONU en septiembre de 1960: “¡Desaparezca la filosofía del despojo” (1965a, p. 155). Con ello demarcaba no solo la espe-

cial atención que Cuba destinó a las luchas en África, sino, sobre todo, la mirada sobre lo que podía y debía ser el mundo.

Es perceptible, además, a lo largo del tiempo y lo profundo de las batallas, un cambio de la noción de socialismo. Este no desapareció, sino se afirmó como la única batalla posible frente a la potencia imperial. Sin embargo, el contenido del mismo fue transitando, de la certeza que otorgaba el mundo de la guerra fría a partir de instituciones, leyes o lenguajes, hacia una mirada más amplia y abarcadora: el socialismo como solidaridad e independencia. Y en esto debe ser visto como un avance y un desarrollo más profundo de la idea, pues así el socialismo no quedaba limitado a las conocidas experiencias que mostraron su agotamiento al final del siglo. Toda vez que su socialismo parte del marxismo, pero da un rodeo para encontrarse en la referida matriz martiana, es que es posible leerlo más allá de las contingentes formas estatales o de gestión económica y hacerlo avanzar hacia una concepción ético-política con carácter universal. Así, la compleja y siempre recurrente relación de Fidel con Martí no puede ser saldada de una vez y para siempre (Guerra, Concepción y Hernández, 2004),⁽³⁾ porque más allá de la firma del autor, lo que se encuentra en realidad es un espacio teórico: cómo vivimos y construimos alternativas conviviendo con el vecino imperial.

Se torna indispensable trazar la genealogías de los discursos de la liberación, retomar el espacio teórico, político y problemática que se encuentran en la estela abierta por Martí y continuada por Fidel y hacerlos dialogar con la tradiciones locales y continentales fuera de la isla, pero que comparten el núcleo problemático. Pero, sobre todo, tener la capacidad de redimensionar aquellas experiencias históricas en pos de la acumulación de fuerzas, la articulación de alianzas y el

³ Para mirar la primera aproximación véase Landa, 1959.

despertar de la sensibilidad hacia lo popular en miras a lograr los ansiados espacios de independencia política y económica.

La paradoja que nos coloca Fidel es que si bien el socialismo tiene una mirada universal, que aspira a un desarrollo organizado de los pueblos para superar sus actuales esquemas de organización, este solo puede iniciar a partir de la certeza de la independencia. En ese entramado, mostró con visionaria claridad lo que se ha configurado como el gran combate de nuestros tiempos: “La lucha sería de ideas, en todo caso de masa de verdades contra masa de mentiras. Las verdades no necesitan publicidad comercial” (2012b, p. 41).

Referencias bibliográficas

- ADAMA, MIGUEL ÁNGEL y MIRTA CASAÑAS. (2018). *Filosofía de la educación de Fidel Castro (1945-1981)*. Editorial Universitaria Félix Varela.
- AGUIRRE, MIRTA. (1985). La historia me absolverá. En *Artículos en Cuba socialista*. Letras Cubanas.
- AGUIRRE, MIRTA e ISABEL MONAL. (1980). *El leninismo en La historia me absolverá*. Editorial de Ciencias Sociales.
- ALONSO, AURELIO. (2006). *El laberinto tras la caída del Muro*. Editorial de Ciencias Sociales.
- ÁLVAREZ, MARÍA ELENA y ABEL ENRIQUE GONZÁLEZ. (2020). *El mundo en Fidel. ¿Dibujando nuevos paradigmas?* Editorial Félix Varela.
- ARCOCHA, JUAN. (1973). *Fidel Castro en rompecabezas*. Ediciones R.
- ARGAILLOT, JANICE. (2016). África en los discursos del Comandante en Jefe Fidel Castro: ¿qué africanidad en la cubanidad?. *Casa de las Américas*, 284, 123-139.

- . (2024). El medio ambiente en los discursos de Fidel Castro: una visión multiescalar, integradora y prospectiva. *Universidad de La Habana*, 300, mayo-agosto. <https://doi.org/10.5281/uh.vi300.8963>
- ARGUEDAS, SOL. (1962). *Cuba no es una isla*. Era.
- AUB, MAX. (1969). *Enero en Cuba*. Joaquín Mortiz.
- BAYO, ALBERTO. (1959). *Fidel te espera en la Sierra*. Segunda edición. Lex.
- BEDDAL, ABDELMALEK; MOUS, LATEFA y VIRGEN MAURE. (2024). Aproximación a las propuestas de Fidel Castro para el desarrollo de Cuba y de Latinoamérica en el Consejo Económico de los 21 (1959). *América Latina en la historia económica*, 31 (1). <https://doi.org/10.18232/20073496.1409>
- BENÍTEZ, FERNANDO. (1960). *La batalla de Cuba*. Era.
- BETTO, FREI. (1986). *Fidel y la religión*. Siglo XXI.
- BLANCO, KATIUSKA. (2011). *Fidel Castro Ruz. Guerrillero del tiempo. Primera parte, tomo 2*. Casa Editora Abril.
- BORGE, TOMÁS. (1992). *Un grano de maíz*. Fondo de Cultura Económica.
- BORNOT PUBILLONES, THELMA y OTROS. (1979). *De México a la sierra Maestra*. Nuestro Tiempo.
- CAIRO, ANA. (comp.). (2019). *Audacia cultural: Fidel imaginarios*. 2 tomos. Editorial de Ciencias Sociales.
- CAMACHO, JUAN. (2011). *La historia me absolverá. Narración -en estrofas decimales y versos octosílabos- del famoso alegato presentado por Fidel Castro ante el tribunal de Santiago de Cuba*. San Juan, Impresora Nacional.
- CAMPA, HOMERO. (2019). Fidel Castro y la aventura mexicana. En Daniel Gutiérrez Pedreiro y Silvia Patricia Plata

(eds.), *Fidel Castro en México*. Casa Natal de Morelos / Frente de Afirmación Hispanista, A. C.

CARDENAL, ERNESTO. (1977). *En Cuba*. Era.

CARRILLO, JOSÉ. (1974). *Canto secular a Cuba*. Diógenes.

CASTRO, FIDEL. (1958). Que para caer con dignidad no hace falta compañía. *Humanismo*, 47, enero y febrero, 15-29.

—. (1959a). *Discurso a los escolares*. Imprenta CTC revolucionaria.

—. (1959b). *Guía del pensamiento político-económico de Fidel*. Diario Libre.

—. (1959c). *Una sola bandera, un solo ideal: Cuba*. Ministerio de Relaciones Exteriores.

—. (1960a). *Cada central azucarera, una fortaleza*. Ministerio de Relaciones Exteriores.

—. (1960b). *El futuro de nuestra Patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia*. Imprenta del INRA.

—. (1960c). Venceremos. En *Defensa de Cuba*. Universidad Popular.

—. (1962). *Fidel en la apertura del Instituto de Ciencias Básicas y preclínicas "Victoria de Girón"*. La Habana.

—. (1964a). Discurso ante el Primer Foro Nacional Azucarero. *Obra Revolucionaria*, 22, septiembre.

—. (1964b). Discurso del comandante Fidel Castro en el onceavo aniversario del 26 de julio. *Obra revolucionaria*, 18, julio.

—. (1964c). Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro el 1 de mayo de 1964. *Obra revolucionaria*, 14, mayo.

—. (1965a). Desaparezca la filosofía del despojo y desaparecerá la filosofía de la guerra. En *Voz e imagen de la revolu-*

ción cubana. Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales José Martí.

- (1965b). Discurso del Cmtld. Fidel Castro el 1 de mayo de 1965 en la Plaza de la Revolución. *Obra revolucionaria*, 9.
- (1965c). Discurso del Comandante Fidel Castro en el Central “Antonio Guiteras”. *Obra revolucionaria*, 11, junio.
- (1965d). Discurso del Comandante Fidel Castro en el IV aniversario de la Victoria del Pueblo en Playa Girón. *Obra Revolucionaria*, 8, abril de 1964.
- (1967). Discurso pronunciado en el desfile militar y concentración con motivo del 80 aniversario de la Revolución. *El Orientador Revolucionario*, 2 de enero.
- (1972a). Discurso en el Estadio 27 de septiembre. En *El futuro es el internacionalismo. Recorrido del comandante Fidel Castro por países de África y Europa Socialista*. Instituto Cubano del Libro.
- (1972b). Discurso en Kanka. En *El futuro es el internacionalismo. Recorrido del comandante Fidel Castro por países de África y Europa Socialista*. Instituto Cubano del Libro.
- (1972c). *Fidel en Chile: textos completos de su diálogo con el pueblo*. Quimantú.
- (1972c). Palabras en el palacio presidencia de Freetown. *El futuro es el internacionalismo. Recorrido del comandante Fidel Castro por países de África y Europa Socialista*. Instituto Cubano del Libro.
- (1972d). *Solidaridad: educación de la conciencia revolucionaria de nuestro pueblo*. Ediciones Políticas.
- (1973). *El tercer mundo y el futuro de la humanidad*. Encuadre.

- . (1974a). *Angola, el girón africano. Discurso por el XV Aniversario de la Victoria de Playa Girón*. Ediciones Políticas.
- . (1974b). *Jamás nuestro movimiento obrero fue tan sólido como lo es el día de hoy*. PCC.
- . (1974c). *Los vietnamitas no solo lucharon por ellos; lucharon por todos los pueblos del mundo*. Ediciones Políticas.
- . (1975a). Discurso a la IV Conferencia de Países no Alineados en Argel. En *Proyección internacional de la revolución cubana*. PCC.
- . (1975b). *Educación y revolución*. Nuestro Tiempo.
- . (1975c). *Porque en Cuba solo ha habido una revolución*. PCC.
- . (1981). Vencen los que tienen la razón y saben luchar por ella. Discurso del 1 de mayo de 1960. En *Así se derrotó al imperialismo*. Tomo 1. Siglo XXI.
- . (1982a). Cuba es decididamente partidaria de que exista la paz entre Etiopía y todos los estados vecinos. En *Política exterior de la Cuba socialista*. Editorial Progreso.
- . (1982b). *X Congreso sindical mundial: Discurso*. Editora Política.
- . (1982c). Discurso de inauguración. En *La crisis del capitalismo y los países subdesarrollados*. Nuestro Tiempo.
- . (1982d). Fuerza invencible de la solidaridad internacional. Angola contó y contará con nuestra ayuda en su marcha hacia el socialismo. En *Política exterior de la Cuba socialista*. Editorial Progreso.
- . (1983a). *Conversaciones con periodistas franceses y norteamericanos*. Editora Política.

- . (1983b). *La invasión a Granada*. Katún.
- . (1983c). *El pensamiento de Fidel Castro*. Editora Política.
- . (1984a). *Congreso de Pediatría. Cuba 84. (Discurso-11 de noviembre de 1984)*. Editora Política.
- . (1984b). *I Foro Energético. Discurso 4 de diciembre de 1984*. PCC.
- . (1985a). *La cancelación de la deuda externa y el nuevo orden económico internacional. Texto completo de la entrevista al periodico Excelsior de México*. Editora Política.
- . (1985b). *La hora es de acumulación de fuerzas para la liberación nacional de nuestros pueblos*. Editora Política.
- . (1985c). *Nadie puede detener la marcha de la historia: entrevista concedida a Jeffrey Elliot y Mervin Dymally sobre múltiples temas económicos, políticos e históricos*. Editora Política.
- . (1985d). *Nuestra lucha es la de América Latina y el Tercer Mundo. Entrevista concedida al periódico El Día de México, 8 de junio de 1985*. Entrevista con Lourdes Álvarez. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- . (1985d). *Pagar tributo al imperio o pagar tributo a la patria*. Editora Política.
- . (1985e). *Sobre la deuda impagable de América Latina, sus consecuencias imprevisibles y otros temas de interés político e histórico. Entrevista concedida a la agencia EFE*. Editora Política.
- . (1987a). *Por el camino correcto*. Editora Política.
- . (1987b). *Una lección de esperanzas. V Congreso de la UJC*. Editora Política.
- . (1988a). *De Cuba a Ecuador y México*. Editorial Mestiza.

- (1988b). Discurso pronunciado en el acto de reconocimiento a la delegación cubana que participó en los X Juegos Panamericanos de Indianápolis, 16 de septiembre de 1987. En *Discursos/Documentos*. Editora Política.
- (1988c). *En marcha victoriosa hacia el futuro*. Editora Política.
- (1989a). *Como techo el cielo*. Casa Editora Abril.
- (1989b). *Los derechos humanos, 1959-1988. Selección temática*. Editora Política.
- (1989c). *¡Hagan lo que hagan, esas aspiraciones de ser gendarmes del mundo se frustrarán*, 21 de diciembre de 1989. Editora Política.
- (1989d). *Socialismo: ciencia del ejemplo*. Editora Política.
- (1990a). *En la trinchera de la revolución*. Editorial José Martí.
- (1990b). *Salvar la patria, la revolución, el socialismo*. Editora Política.
- (1990c). *Un país dueño de sus destinos*. Editora Política.
- (1991a). *Ciencia, tecnología y sociedad, 1959-1989*. Editora Política.
- (1991b). *La cuestión alimentaria: prioridad uno*. Editora Política.
- (1991c). *Hacia una gran patria común. Primera Cumbre iberoamericana, 18 y 19 de julio de 1991*. Editora Política.
- (1991d). Jamás volveremos al barrancón de los esclavos. En *¡Que lejos hemos llegado los esclavos: Sudáfrica y Cuba en el mundo de hoy*. Pathfinder.
- (1991e). *Pasado y futuro de Cuba: Entrevista con la revista Siempre!* Entrevista con María Beatriz Pagés Rebollar. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

- . (1995). *Por un Caribe Unido. Discursos 17-18 de agosto de 1995*. Editora Política.
- . (1998a). *Conferencia Magistral en la Universidad Autónoma de Santo Domingo con el Comandante Fidel Castro*. Dirección de Publicaciones, Editora Universitaria-UASD.
- . (1998b). Entrevista concedida por Fidel Castro a la prensa nacional e internacional, después de la conferencia magistral de Rosario Green, canciller de México. En *¿Quién gobernará el siglo XXI?* Editora Política.
- . (1999a). *Sin soberanía no puede haber cultura. Discurso en la clausura del I Congreso Internacional de Cultura y Desarrollo*. Editora Política.
- . (1999b). *La tarea número uno es sembrar ideas, sembrar conciencia: discurso en Brasil*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- . (2000). *Trabajamos por un mundo mejor: Cumbre del Milenio, New York, 6-8 de septiembre del 2000*. Editora Política.
- . (2001). *Cuba construye futuro*. Editora Política.
- . (2003). *Jamás un pueblo tuvo cosas tan sagradas que defender*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- . (2004). *Felicito a todos los que luchan. Comparecencia en ocasión del aniversario 45 del triunfo de la Revolución*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- . (2006). *Guerra fría: alerta para un mundo unipolar. Entrevista a Pat Mitchell, 19 de marzo de 1998*. Ocean Press.
- . (2007). Esta revolución no la pueden destruir ellos, pero sí nuestros defectos y nuestras desigualdades. En Julio César Guanche (comp.), *En el borde de todo. El hoy y el mañana de la revolución cubana*. Ocean Sur.

- . (2008a). Ante la asamblea general de la ONU. 26 de septiembre de 1960. En *Antología mínima*. Ocean Sur.
- . (2008b). *Pueblo y democracia. Selección temática, 1959-1986*. Compilación de Dolores Guerra e investigadores del Instituto de Historia. Editora Política.
- . (2010). *Abanderados del futuro*. Casa Editora Abril.
- . (2012a). *El derecho de la humanidad a existir*. Citmatel.
- . (2012b). *Soldado de ideas. Tecnologías y medios de comunicación*. Citmatel.
- . (2016). *Escritos sobre el partido*. Partido del Trabajo.
- . (2017). *Las luchas por la independencia nacional 1868-1901. Selección temática, 1959-2012*. Editora de Historia.
- . (2018). Acto de despedida de duelo a nuestros internacionales caídos durante el cumplimiento de honrosas misiones militantes y civiles, efectuado en el Cacahual. 7 de diciembre de 1989. En *Un solo camino, una sola línea revolucionaria, 1868-2018*. Ediciones del Consejo de Estado.
- . (2026a). Consolidar una poderosa trinchera frente a la Sudáfrica del Apartheid. Septiembre de 1975. En *Cuba y Angola. Luchando por la libertad de África y la nuestra*. Pathfinder Press.
- . (2026b). Día del trabajador. 1 de mayo de 1961. En *Trinchera de ideas. Selección de discursos originales*. Nafarroa.
- . (2026c). Nos jugamos todo en Angola. En *Cuba y Angola. Luchando por la libertad de África y la nuestra*. Pathfinder Press.
- . (2026d). La sangre africana corre por nuestras venas. Diciembre de 1975. En *Cuba y Angola. Luchando por la libertad de África y la nuestra*. Pathfinder Press.

- CASTRO, GUILLERMO. (1985). *Política y Cultura en Nuestra América, 1880-1930*. CELA.
- CASTRO, RAÚL. (1960). Las fuerzas armadas y las milicias populares en la defensa de la patria. En *Defensa de Cuba*, Universidad Popular.
- CHÁZARO, ERNESTO FIDEL DE. (2001). *Revolucionario por amor: el pensamiento político de Fidel Castro*. Editorial Presente y Futuro.
- COLL, TATIANA. (2025). *Entre Quetzalóatl y el Che. Laurette Séjourné: una vida a contracorriente en el México del siglo XX*. Siglo XXI.
- CONDE, ANTONIO DEL. (2013). *Memorias del dueño del Yate Granma*. Grupo de Amistad México-Cuba.
- CORONA, FERNANDO. (2014). La imagen de Fidel Castro en la revista *Life*, 1957-1960. *Cuadernos Americanos*, 4 (150), nueva época, 61-92.
- DARUSHENKOV, OLEG. (1979). *Cuba, el camino de la revolución*. Progreso.
- DEPESTRE, RENÉ. (1975). El asalto al Moncada: revés victorio de la revolución latinoamericana. En *El asalto al Moncada y la revolución latinoamericana*. Nuestro Tiempo.
- DESNOES, EDMUNDO. (1967). Martí en Fidel. En Francisco Fernández-Santos y José Martínez (eds.), *Cuba: una revolución en marcha*. Ruedo Ibérico.
- DUSSEL, ENRIQUE. (1985). La cuestión popular. *Cristianismo y sociedad*, 84, 81-90.
- FALS BORDA, ORLANDO. (1970). *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*. Siglo XXI.
- FERRER, ADA. (2022). *Cuba: an American History*. Scribner.
- FINAMOUR, JUREMA. (1962). *Vais bem, Fidel!* Editora Brasileira.

- FRANQUI, CARLOS. (1976). *Diario de la revolución cubana*. Ruedo Ibérico.
- FUNES, REINALDO. (2017). *Impronta de Fidel en la ganadería revolucionaria*. Asociación Cubana de Producción Animal.
- GARCÍA, JAIME. (1959). Diario de un escritor en La Habana. *Revista de la Universidad de México*, 13 (7), marzo. <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/d79c-dc4e-0e0c-4d21-a27e-62c3da281c3d/diario-de-un-escriptor-en-la-habana>
- GARCÍA, FRANK. (2025). *Cuba: una historia crítica (1959-2025): 65 años de revolución y contrarrevolución*. Marela.
- GILL, MARIO. (1960). ¡Cuba sí!, ¡Yanquis no! S/E.
- GIRAUDO, SILVIA. (2010). *Revolución es más que una palabra. Fidel Castro en la tribuna*. Biblos.
- GLISSANT, ÉDOUARD. (2010). *El discurso antillano*. Fondo Editorial Casa de las Américas.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO. (1978). *Imperialismo y liberación*. Siglo XXI.
- . (2016, 27 de noviembre). Lecciones de Fidel. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2016/11/27/per-fidel.html>
- GORLA, PAOLA LAURA. (2014). *Patria o muerte, ¡venceremos! La retórica de Fidel Castro*. Universidad de La Habana.
- GUERRA, DOLORES; CONCEPCIÓN, MARGARITA y AMPARO HERNÁNDEZ. (comps.). (2004). *José Martí en el ideario de Fidel Castro*. Instituto de Historia de Cuba / Centro de Estudios Martianos.
- GUERRA, DOLORES; PELÁEZ, MARLA; LLANO, MARGARITA y AMPARO HERNÁNDEZ. (2009). *Fidel Castro: el Monca-*

- da y La historia me absolverá (selección temática 1953-2003)*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- GUERRA, MARIA JULIA y RUBÉN RODRÍGUEZ. (coord). *Fidel Castro. Como una espada reluciente*. Ediciones La Luz.
- GUTIÉRREZ, ÁNGEL. (1995). *Cuba en el pensamiento de Lázaro Cárdenas*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Universidad de La Habana.
- HERNÁNDEZ, LUIS. (2009, 14 de junio). Las andanzas del marxismo tropical. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2009/06/14/sem-luis.html>
- . (2026, 2 de junio). Cuba y ébola, la epopeya. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/noticia/2026/06/02/opinion/cuba-y-ebola-la-epopeya>
- HERNÁNDEZ, RAFAEL. (2009). El año rojo. Política, sociedad y cultura en 1968. *Revista de Estudios Sociales*, 33, agosto. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3041769.pdf>
- HERRERA, REMY. (2026). *Una historia popular de Cuba*. Bellaterra.
- HOBBSBAWN, ERIC. (2018). *Viva la revolución*. Crítica.
- JAMES, C.L.R. (2010). *Los jacobinos negros*. Fondo Editorial Casa de las Américas.
- LANDA, MARTÍN. (1959). *José Martí y Fidel Castro, sus pensamientos afines*. Impresora Modelo.
- LEAL, EUSEBIO. (2018). Fidel Castro: la revolución que vivió bajo la urgencia de los profetas. En Fidel Castro, *Un solo camino, una sola línea revolucionaria, 1868-2018*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- LEDESMA, DAVID. (1980). Cuba en el corazón. En Ángel Augier (comp.), *Poemas a la revolución cubana*. Ediciones Unión.

- LEOGRANDE, WILLIAM y PETER KORNBLUH. (2015). *Diplomacia encubierta con Cuba Historia de las negociaciones secretas entre Washington y La Habana*. Fondo de Cultura Económica.
- LISS, SHELDON B. (1994). *Fidel! Castro's Political and Social Thought* Boulder. Westview Press.
- LÓPEZ, MARTHA EUGENIA. (2015). *Creo en Fidel. Una mexicana que inicia una nueva vida*. Grupo Parlamentario del PRD.
- LÓPEZ, YÚNET. (2023). *Fidel Castro. El arte de gobernar. Una aproximación a los métodos y estilos de trabajo del Comandante en Jefe de la Revolución cubana*. Centro Fidel Castro Ruz / Alejandro Ediciones.
- LORTSCH, LUCY. (1964). *Dos chilenas en La Habana*. Artes Gráficas.
- MALDONADO-DENIS, MANUEL. (1968). Documentos de un Viaje a Cuba en 1967. *Caribbean Studies*, 7 (4), 11-23.
- MARIÑES, PABLO. (2018). La Honda de David y el Quijote: la obra histórica de Fidel Castro. *Estudios Latinoamericanos*, 41, nueva época, enero-junio, 169-182.
- MARTÍNEZ HEREDIA, FERNANDO. (2018a). Algunas reflexiones. En *Pensar en tiempos de Revolución: antología esencial* (pp. 509-521). Clacso.
- . (2018b). La noción de pueblo en *La historia me absolverá*. En *Pensar en tiempos de Revolución: antología esencial* (pp. 513-519). Clacso.
- . (2022). *Cuba en la encrucijada*. Ruth Casa Editorial.
- MENCÍA, MARIO. (2003). Fidel Castro: culminación del pensamiento y la práctica de vanguardia en el proceso cubano de liberación. En Eduardo Torres-Cuevas (coord.), *Dos siglos de pensamiento de liberación cubano* (pp. 106-117). Imagen Contemporánea.

- MENÉNDEZ, MARIO. (1966). *Sensacional entrevista al primer Ministro de Cuba Comandante Fidel Castro*. Secretaría de Propaganda del Movimiento Revolucionario.
- MEYER, JEAN. (2000). De tiranos e intelectuales, *Istor: revista de historia internacional*, 1 (1), verano, 147-150.
- MINÁ, GIANI. (1988). *Habla Fidel*. Sudamericana.
- MIRANDA, OLIVIA. (2005). *Filosofía, ciencia y sociedad en Fidel Castro*. Editorial Academia.
- MONTERO, JUAN MANUEL. (2018). El papel de los líderes en la historia: una mirada desde el pensamiento de Fidel Castro Ruz. *Estudios del desarrollo social: Cuba y América Latina*, 6(2). <https://revistas.uh.cu/revflacso/article/view/5846>
- MORAIS, FERNANDO. (1978). *La isla: Cuba y los cubanos, hoy*. Nueva Imagen.
- ORTEGA, JAIME. (2026, 31 de marzo). Las mil vidas de La Historia me absolverá. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/noticia/2026/03/31/opinion/las-mil-vidas-de-la-historia-me-absolvera>
- PÉREZ, ÁNGEL. (2016). *Fidel Castro: Análisis del impacto del pensamiento político: una mirada desde Puerto Rico*. Juventud Hostoniana.
- PIERRE-CHARLES, GÉRARD. (1981). *El Caribe a la hora de Cuba: estudio socio-político*. Fondo Editorial Casa de las Américas.
- PLÁ, RAFAEL. (2019). Contribución al estudio del pensamiento de Fidel Castro. *Santiago*, 150, septiembre-diciembre. <https://santiago.uo.edu.cu/index.php/stgo/article/view/5052/4535>
- PORTILLA, JORGE. (1959). La revolución cubana vista desde México. *Revista de la Universidad de México*, 13 (7), marzo, 16. <https://www.revistadelauniversidad.mx/ar>

ticles/6b22c019-c728-4692-b3dd-a1c095244e54/la-revolucion-cubana-vista-desde-mexico

- PRIETO, ABEL. (2022). "Sin cultura no hay libertad posible". Notas sobre las ideas del Fidel en torno a la cultura. En Luis Suárez (coord.), *El pensamiento del Che y el legado de Fidel sobre la transición socialista. Aproximaciones a su vigencia en Cuba* (pp. 125-138). Clacso.
- QUIRÓS, JONATHAN. (2018). Las relaciones comerciales. En Colectivo de autores del CIEM, *El pensamiento económico de Fidel Castro en las relaciones económicas internacionales* (pp. 95-113). Editorial Academia.
- RAMÍREZ, JOSÉ AGUSTÍN. (2011). *Diario de un brigadista*. Lumen.
- RAMOS, JORGE ABELARDO. (1973). *Marxismo de indias*. Planeta.
- RANDALL, GREGORY. (2007). *Estar allí entonces. Recuerdos de Cuba, 1969-1983*. Aldabón.
- RANDALL, MARGARET. (2016). *Cambiar el mundo. Mis años en Cuba*. Ediciones Matanzas.
- ROA, RAÚL. (1964). *Retorno a la alborada*. Tomo 2. Universidad Central de Las Villas.
- RODRÍGUEZ, ARLEEN. (2007). *Los afortunados entrevistadores de Fidel*. Oficina del Consejo de Estado.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL. (1979). *José Martí, guía y compañero*. Nuestro Tiempo.
- ROJAS, MARTA. (1985). El concepto de pueblo en La Historia me absolverá. *Universidad de La Habana*, 225, septiembre-diciembre, 121-125.
- ROJAS, RAFAEL. (1998). *Isla sin fin*. Universal.
- . (2021). *El árbol de las revoluciones*. Turner.
- . (2025). *Breve historia de Cuba*. Catarata.

- . (2026). La revolución será televisada. *La razón*. <https://www.razon.com.mx/opinion/2026/02/28/la-revolucion-sera-televisada/>
- SÁNCHEZ, ADOLFO. (2014). Cuba: el primer contexto. En *La izquierda que viví. El instante y la palabra*. IETD.
- SAXE-FERNÁNDEZ, JOHN. (2017). Fidel Castro: la gran travesía humana al futuro. En John Saxe-Fernández (coord.), *Yo soy Fidel. Pensamiento y legado de una inmensidad histórica* (pp. 291-323). Clacso.
- SAYOL, MARC. (2026). Introducción. Trinchera de ideas valen más que trincheras de piedra. En, Fidel Castro, *Trincheras de ideas. Selección de discursos originales*. Coordinado por Marc Sayol. Tlalaparta.
- SELSER, GREGORIO. (1973). A veinte años del Moncada. *Cuadernos de Marcha*, 72, julio, 3-12.
- SUÁREZ, RAÚL. (2010). *El ideario educativo de Fidel Castro en la formación de maestros*. Pueblo y Educación.
- SZLC, TAD. (1986). *Fidel. Un retrato crítico*. Grijalbo.
- VALDÉS PAZ, JUAN. (2021). *La evolución del poder en la Revolución cubana*. Fundación Rosa Luxemburgo.
- VALERA, ALFREDO. (1960). *Cuba con toda la barba*. Esfera.
- VITIER, CINTIO. (1975). *Ese sol del mundo moral*. Siglo XXI.
- WALTERS, BARBARA. (1977). *Fidel Castro conversa con Barbara Walters*. Carlos Valencia.
- WINOCUR, MARCOS. (1963). *Cuba a la hora de América*. Procyon.
- ZALAMEA, JORGE. (1961). *Antecedentes históricos de la revolución cubana*. Ediciones Suramérica.
- ZENDEJAS, JULIO DIEGO. (2023). *Sobre la concepción del tránsito al socialismo en Cuba y Venezuela*. Templando el Acero.

Sobre el autor

JAIME ORTEGA REYNA (Ciudad de México, 1983). Profesor Investigador Titular en el Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Director de la revista *Memoria* que edita el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS) y co-coordinador del Grupo de Trabajo “Historia y coyuntura: perspectivas marxistas” auspiciado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso). Es autor de los libros *La raíz nacional-popular. Las izquierdas más allá de la transición* (CEMOS, 2024), *En el medio día de la revolución: las izquierdas frente al Partido de la Revolución Mexicana, 1938-1946* (UAM, 2024) y *Es preciso soñar: Lenin en (y para el) marxismo latinoamericano* (Atik, 2024).

Esta no es una historia de la Revolución cubana, ni de sus derivaciones, que son tan amplias y mayúsculas como heterogéneas en su evaluación, como de cualquier otra revolución o de otro fenómeno político de gran calado. No hablamos aquí de ese proceso que merece estudios pormenorizados, al constituir una página imborrable en el desarrollo contemporáneo de las contradicciones políticas y sociales y de los esfuerzos de los pueblos por alcanzar su liberación.

La Revolución cubana merece, por su impacto y profundidad, múltiples esfuerzos de ser contada y reinterpretada, lo que aquí hacemos no es sino un fragmento, parcial y limitado de uno de sus capítulos, que refiere a ese capítulo de la vida intelectual y política de su Comandante en Jefe.

Hablamos aquí de Fidel como dirigente, conductor y articulador de una concepción del mundo que va modificando según la coyuntura, el peso del enfrentamiento geopolítico y la búsqueda de alternativas en un escenario convulso y atravesado por múltiples contradicciones. Pero, sobre todo, queremos presentar a un Fidel que contribuya a interpelarnos en los horizontes de nuestro tiempo.